

Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 53 - Marzo de 2014 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



4

Perdidos en el Space

8

Con todos los juguetes

10

Fin de la Terminalia

12

Las cajas del profesor

17

La última mano derecha

20

Sainete en Casablanca

26

La tortilla virada

## UNIVERSO CENTRO

### Publicación mensual

#### DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

#### EDITOR

— Pascual Gaviria

#### COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

#### DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

#### DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

#### CORRECCIÓN

— María Isabel Naranjo

— Paula Camila O. Lema

#### ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la  
Corporación Universo Centro

Número 53 - Marzo 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

# LOS MISTERIOS DE LEER

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Ilustraciones: Elizabeth Builes

## Presión a la olla



1 Hace exactamente un año el presidente Santos dio la orden de acabar con las ollas de vicio en veinte ciudades. Clausurar esas chimeneas de bazuco en la periferia, en el Centro, en la vecindad del Palacio, en la orilla de los talleres, al pie de las casas tapiadas. Todo estaba planeado. No era una política sino una rueda de prensa. Muy pocos saben cómo suena el caccerolazo de esas ollas. Los policías tuvieron humo blanco y se fueron contra los corrales malditos y prometedores. La Fiscalía prometió extinción de dominio y Bienestar Social mostró su escudo de almuerzo, jabón y tijera. La cosa terminó como en los pueblos, a la orilla del río.

2.

La ciudad del río comenzó a crecer bajo la seguridad alimentaria que entregaba la Minorista. Al aire libre todo era distinto. El bazuco a cielo abierto tiene más gracia. El ecosistema se hizo fuerte en las orillas. Nuevas caras, viejas amistades, enemigos de siempre, fumones todos. Algunas “familias” pasaban la noche bajo las carpas viendo televisión. Antenas benditas, sobrevivientes, antenas que todavía toman sus luces del aire. Dicen que son 3.500 que viven en las calles. Un pequeño pueblo de zarrapastrosos, de caminantes, de desesperados, de ilusos, de flacos. No de vagos. Porque el bazuco es caro y su vida es barata. Ellos también deben cuidarse. La secta involuntaria de Diógenes el perro, cínicos por obligación.

3.

La alcaldía de Medellín expidió hace un año un decreto que le permite a la policía “trasladar” a los homeless (WUF) hasta sus lugares de origen. La Constitución cruje (“Todo colombiano, con las limitaciones que establezca la ley, tiene derecho a circular libremente por el territorio nacional...”), pero la policía ejerce. Se han tomado a pecho eso de la República Federal. Dicen que el 40 por ciento de los callejeros vienen de afuera, son inmigrantes indeseados que se resisten al tratamiento. Hasta las mascotas se molestan con su olor.

4.

La vieja rueda de prensa condujo al rodeo de siempre. Los policías aplican un desalojo para alejar a esa horda imposible. No se trata de que salgan de una cueva, la intención es que caminen, que se dejen conducir hasta el parque de su pueblo, que duerman como niños en los albergues, que se comporten. Pero son locos, quieren vivir a sus estrechas dónde les dé la gana, y ensuciar los cámbulos florecidos al pie del río con su humo. La gresca era inevitable. Primero las botellas con gasolina contra los escudos del ESMAD. Y un día después un petardo estalla en un costal a la espalda de un callejoso. El estallido afecta a los dos bandos que peleaban al lado de la Minorista. Cuatro habitantes de la ciudad del río muertos y seis policías heridos. Seguimos en la olla. ©

En San Juan de Urabá vivió una señora que se llamaba Francisca Gómez y hacía panes en un horno rudimentario cuyo combustible era el pericarpio en que viene envuelto el fruto del coco. Alternaba su oficio de panadera con el de maestra, algo muy común desde la Colonia, cuando un artesano aceptaba tener en su taller a un grupo de niños para enseñarles las primeras letras a cambio de unos deslucidos reales. Hacía panochas rellenas con queso rallado, galletas de limón y muchas variedades de pan, pero a mí lo que más me gustaba eran los suspiros, unas delicias de olor dulzón que se deshacían en la boca y que dejaron en mí, para siempre, la imagen de los olores paseándose descalzos por el mundo.

Para nosotros Francisca Gómez no tenía pasado. Aunque debió ser niña, adolescente y muchacha, no podíamos imaginarla en el cuerpo de una moza, despertando en los hombres deseos vitandos. Era como si Dios la hubiera puesto en el mundo ya hecha —Eva entrada en años, sin dientes, que cuando comía movía todos los músculos de la cara— con el único propósito de hornear el pan y enseñar las primeras letras a indolentes rapazuelos. Debía de aprendernos en voz alta, incluso debió de enseñarnos el abecedario y las sílabas, pero en mi recuerdo siempre está de aquí para allá, en el trajín de la panadería, inventando el olor de los suspiros. Así, de un momento a otro leíamos, por nuestra cuenta, la historia de la cigüeña y los bebés, la del sapo y el tigre. El resto lo hacían los señores que en las tardes, sentados en sus taburetes, recibían la brisa fresca y salobre que venía del mar, a quienes causaba asombro que seres tan diminutos leyeran las letras pequeñas de los libros. Nos hacían bajar de los triciclos y ordenaban: “lee aquí”. Y leíamos, Domingo y yo, noticias de los periódicos. Pronto se formaba un círculo de personas en torno nuestro y alguien decía: “ese es hijo de Encarnación, y el otro, el blanquito, es un nieto”. No es que yo fuera blanco, es que San Juan es un pueblo de negros y mi familia toda es negra, y hay uno que otro que no es blanco ni negro, y por eso la gente, para no decirnos café con leche porque es un color muy largo y pronunciarlo fatiga, decían “blanquito”, sin ningún tipo de connotación racista. En esa época había muy pocos cachacos, se podían contar con los dedos de la mano, y los lugareños tenían sus parcelas sembradas con coco, plátano, ñame, etc., y nadie desayunaba con pan; este, y las otras delicias de Francisca, eran más bien antojos de las dos de la tarde.

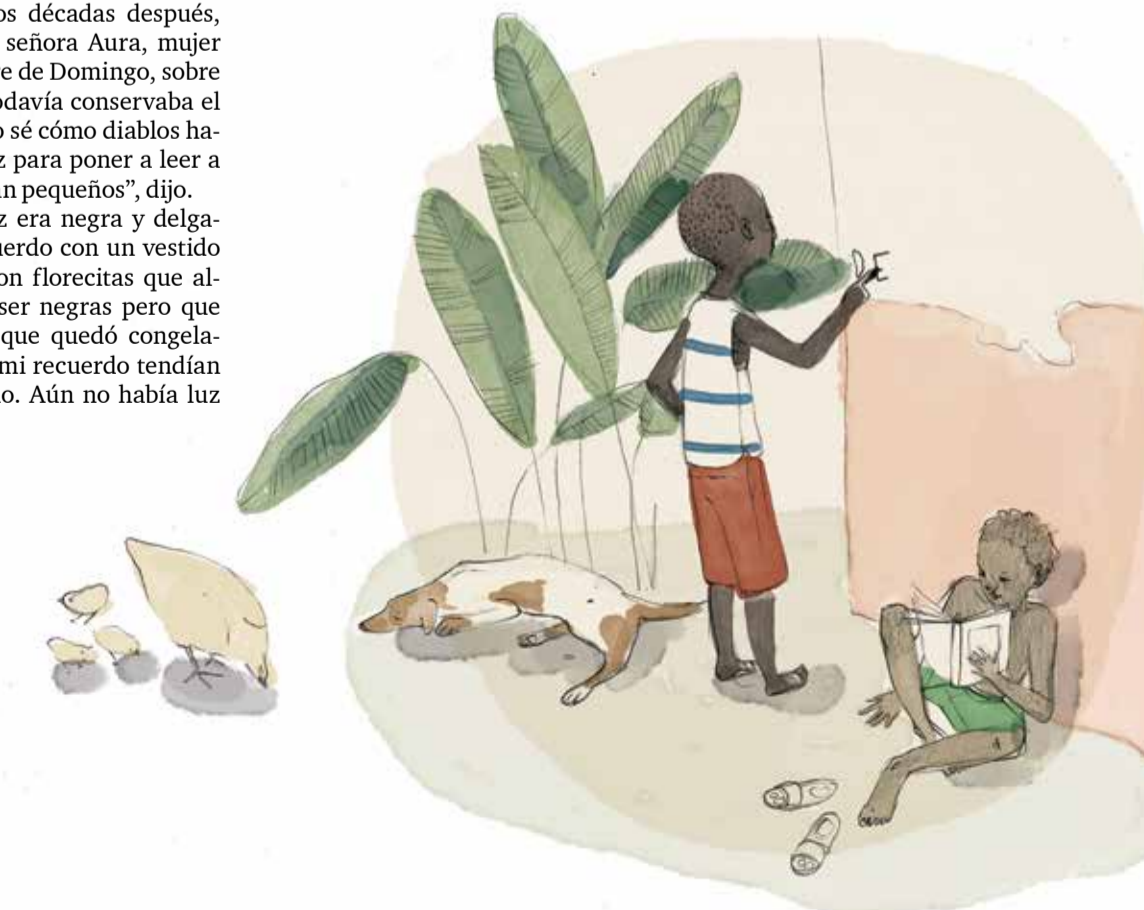
Siempre fue un misterio el secreto de Francisca Gómez para convertir en alfabetos a unos párvulos que hacía poco estaban gateando. Muchos días de esos años tan cortos quedaron grabados en los pasadizos más antiguos de mi mente. Las niñas vestidas con trajecitos que parecían de muñecas, bajo los cuales no había pañales, ni calzones ni nada, haciendo moniconguitos en sus viejos y astrosos cuadernos; o la mujer, posiblemente de paso, que arrancaba bananos



de un racimo colgado en un rincón de la sala y los devoraba acompañándolos con grandes bocados de queso; o la del hombre que tocaba el serrucho como si fuera un violín. En esos recuerdos todos los niños el kínder están en silencio, cada uno en su pequeño pupitre, arrobados mirando el racimo de banano y los movimientos de la boca de la mujer, o siguiendo, como hipnotizados, los movimientos del arco sobre el serrucho. Y puede, vaya uno a saber, que todas estas situaciones fueran sucedáneos en vivo de lo que hoy son el video y el tablero electrónico, que, junto con el olor de los suspiros, permitieron que el abecedario y las letras penetraran pronto en las cabecitas de tantos niños. Dos décadas después, cuando inquirí a la señora Aura, mujer de mi abuelo y madre de Domingo, sobre Francisca Gómez, todavía conservaba el mismo asombro: “no sé cómo diablos hacía Francisca Gómez para poner a leer a unos muchachitos tan pequeños”, dijo.

Francisca Gómez era negra y delgada y siempre la recuerdo con un vestido bastante gastado, con florecitas que alguna vez debieron ser negras pero que en el momento en que quedó congelada para siempre en mi recuerdo tendían más al gris deslucido. Aún no había luz

eléctrica, ni carros, y cuando era inminente la llegada de la noche las señoras limpiaban la cubierta de vidrio de las lámparas de petróleo, y las voces se escuchaban distantes, como la puerta que se cierra en un poema del poeta Elkin Restrepo; las gallinas se recogían y de las salas de las casas salía una luz tenue que medio iluminaba las calles. Ese mundo de sombras pertenecía a los adultos, a los mosquitos, a los perros y a los gatos.



Esta edición de Universo Centro está dedicada a la memoria de José Mesa.  
Lector asiduo de nuestro periódico y primer habitante de nuestra buhardilla.



# Perdidos en el Space

## Una odisea que no termina

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografías: Diego Hernández (q.e.p.d.) y Santiago Restrepo

1

Horas antes de la explosión controlada de la Torre 5 de la urbanización Space, el jueves 27 de febrero de 2014, Santiago Restrepo (35 años) se encontraba en el apartamento de una urbanización vecina llamada Interlomas. A través de la ventana de la sala, a unos trescientos metros de distancia, podía ver las torres de Space que quedaban en pie. Desde la 1, donde había vivido, hasta la 5, que caería a las nueve de la mañana. Veía los escombros de la desaparecida Torre 6 –que colapsó sorpresivamente la noche del sábado 12 de octubre de 2013– todavía regados sobre la ladera de la montaña. Veía espejos adosados a un muro de la 5, que quedó al descubierto, sin el reflejo de unos apartamentos que ya no existían, y era capaz de señalar con precisión el octavo piso de la Torre 4, donde vivían sus padres.

El día del colapso, que dejó dos heridos, once desaparecidos y cientos de personas desalojadas, Santiago estaba en Lima, Perú. Hacía cuatro meses había dejado el apartamento que tenía arrendado en la Torre 1.

Durante los casi tres años que Santiago vivió en Space, al principio con sus padres y luego en el apartamento que arrendó con un amigo, tomó centenares de fotografías de la urbanización. Era una de las especialidades de su portafolio como fotógrafo profesional –que incluye fotografía arquitectónica, de productos, de moda– y Space le parecía un lugar privilegiado. Sentía que vivía en un objeto de diseño y aspiraba a tener un buen archivo de fotos que pudiera ofrecerle a Laureano Forero, el reconocido arquitecto que diseñó la urbanización.

Santiago es hijo de un arquitecto y de una historiadora, expertos en patrimonio arquitectónico, y él mismo hizo algunos semestres de arquitectura. Luego se graduó en dirección de cine y ha trabajado como realizador audiovisual. Estaba seguro de que podía ofrecerle un trabajo de calidad al estudio de Forero.

Le tomó fotos a fachadas, ladrillos, balcones, corredores y parqueaderos de Space; a ángulos, curvas y líneas rectas; a la Torre 5 cuando la estaban terminando y a la 6 cuando la estaban levantando. Fotografizó la ciudad desde su balcón y desde el edificio de enfrente a la urbanización completa. En el apartamento de sus padres había dos cuadros con panorámicas de Medellín tomadas por Santiago desde Space.

En su vida había Space por fuera y por dentro. Era un objeto, un producto, un paisaje, una niña bonita que Santiago disfrutaba a su antojo. Lo utilizaba para vivir y para trabajar. Llevó mode-

los para fotografiarlas en las zonas comunes y grabó videos debajo del agua de la piscina. Jugaba squash en la cancha de la unidad y hacía asados para sus amigos en su balcón. Le daba risa cuando los taxistas lo llevaban a la urbanización y le decían que por fuera parecía de interés social. Por dentro la sentía como una prenda de diseño exclusivo.

El apartamento que tenía alquilado era un dúplex de 98 m<sup>2</sup>. En el primer nivel quedaban la habitación principal, con balcón y baño, la cocina y la sala; en el segundo nivel, dos habitaciones más. La sala tenía una doble altura que lo hacía muy espacioso, y el balcón principal se proyectaba hacia fuera y formaba esos cajones que en la fachada lucían como decenas de ascensores futuristas que suben y bajan.

Con el tiempo, Santiago acumuló el archivo fotográfico más grande de Space que hay en la ciudad, y un día consiguió mostrárselo a Laureano Forero.

–Eso es exactamente lo que yo no quiero –le dijo el arquitecto.

Nano Forero, como le dice todo el mundo, le explicó lo que quería, nada sofisticado, y Santiago quedó con el compromiso de volver. Nunca lo hizo. Antes de que terminaran la urbanización se fue del país y los planes cambiaron. Las fotos se quedaron guardadas.

Ese 27 de febrero de 2014, de regreso en Medellín, Santiago estaba en el séptimo piso de un edificio vecino, cámara en mano, esperando a que cayera otro pedazo de Space. Un fotógrafo de la *Associated Press* que se iba de viaje le pidió que registrara el evento. Era la oportunidad de que una fotografía suya de ese lugar que tanto había retratado y disfrutado se viera en todo el mundo. Podía ser el final de una historia.

2

Ese mismo día de la explosión controlada, Ángela Alvarán (27 años) salió temprano de su casa en el barrio Aranjuez hacia las oficinas de la Secretaría de Salud en la Alcaldía de Medellín. Después de muchas solicitudes, su empresa de salud le había negado la afiliación de Luis Ángel, de trece años, a quien consideraba hijo suyo.

–No tienen lazos de consanguinidad, no lo puede afiliarse como beneficiario –le dijeron.

Luis Ángel era el hijo mayor de su esposo Diego Hernández (38 años) y ella lo había acogido desde que tenía tres años. Con Diego tuvo dos hijos, Mateo, de once, y Sofía, de seis, pero el padre ya no estaba con ellos. Falleció la noche del 12 de octubre de 2013 cuando intentaba reparar con soldadura la columna fracturada de la Torre 6.

Claudia Restrepo, quien era alcaldesa encargada de Medellín durante el



rescate de las víctimas, le había dicho que le ayudaría a afiliarse a Luis Ángel al Régimen Subsidiado de Salud y por eso había ido a la alcaldía. Ese día tumbaron una parte de la estructura que mató a su esposo.

El día anterior al colapso, viernes 11 de octubre de 2013, Diego trabajó hasta la medianoche. Hacía parte de un grupo de cinco trabajadores de la firma Ingemed, entre ellos Juan Carlos (45 años) y Jaime Botero (47 años), hermanos fundadores de la empresa, y Luis Alfonso Marín (47 años) y Albeiro Alcaraz (38 años), soldados. Los habían contratado para “encamisar” la columna fracturada. Era un buen contrato y por eso lo aceptaron.

Ese día por la tarde, Jaime Enrique Gómez, director encargado del DAGRD, dio el orden de desalojar a los habitantes de la Torre 6 por el riesgo que representaba su estructura; mientras el ingeniero Jorge Aristizábal, responsable del diseño estructural del edificio, aseguraba frente a las cámaras de televisión que: “La falla no implica ningún riesgo de colapso ni de seguridad para las personas”. Los trabajadores de Ingemed ingresaron al cuarto piso a intentar salvar lo que se convertiría en su tumba.

Al día siguiente llegaron cuatro trabajadores más de la firma Concretodo: Ricardo Castañeda (25 años), James Arango (27 años), Iván González (46 años) y Álvaro Bolívar (49 años). Junto con Wbeimar Contreras (38 años), vigilante de la empresa Baluarte Seguridad, también fallecieron en el interior de la torre. Jader Lopera (24 años) y Jesús Colorado (32 años), dos vigilantes más de

Baluarte, fueron rescatados gravemente heridos. Después de quedar cuádrupléjico, Jesús no se recuperó y falleció; a Jader lo operaron de una fractura en el cráneo y sobrevivió. En total fueron doce las víctimas fatales de la peor tragedia laboral sufrida en Medellín en muchos años. Según la Federación de Aseguradores Colombianos, 19 trabajadores de la construcción murieron en Antioquia en 2013. La única víctima mortal que no estaba trabajando fue Juan Esteban Cantor (24 años), estudiante de Comunicación Social de la Universidad Eafit y residente de la urbanización.

El viernes en la noche, Ángela regresó sola a la casa después de terminar su turno en el restaurante chino donde trabajaba, pues Diego no la pudo recoger. Lo llamó varias veces, pero siempre lo encontró muy ocupado. Durante el día, cada vez que podía, Diego le tomaba fotos con su celular a la urbanización y a la obra para mostrárselas a Ángela. Cuando llegó a la casa se quedaron conversando hasta pasada la una de la mañana.

–Mirá lo que estamos haciendo, flaca, poniendo unos refuerzos.

En el celular, Ángela veía los hierros doblados de una columna y grietas al interior de un apartamento.

–Es una urbanización muy bonita y los apartamentos muy lujosos –le dijo.

Luego hablaron de la posibilidad de postularse a un subsidio para comprar una vivienda de interés social, pero a Ángela no le entusiasmó la idea.

–Esas son muy pequeñas. Si aquí estamos estrechos... –dijo ella.

Diego le preguntó por la cámara digital porque al otro día quería tomar



más fotos. Era una Samsung F2.5, pequeña y rosada, que él le había regalado cuando Ángela se graduó de bachiller. A Diego no le gustaba estudiar, pero estaba orgulloso de que ella lo hiciera. Diez años después de haber tenido a su primer hijo, Ángela consiguió graduarse estudiando por las noches. Diego abandonó el estudio en séptimo grado, se enlistó en el Ejército y se convirtió en soldado profesional contraguerrilla. Su madre no paraba de llorar. Diego pidió la baja y regresó a su casa. Cuando estaba en Space iba a cumplir catorce años trabajando como soldador con los hermanos Botero.

El sábado temprano debía estar de nuevo soldando la columna. Cogió el maletín gris donde guardaba la herramienta de su moto y echó la cámara y la comida que Ángela le había empacado para el almuerzo: arroz, carne y puré de papa. Sacó la moto de la sala y se despidió.

–Amor, chao, te amo mucho –dijo Diego.

–En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que la Virgen te acompañe –dijo ella.

Ese fue el último instante en que Ángela lo vio con vida. En esa mochila gris llevaba los recuer-

dos de su familia. Esa cámara que cabe en un puño guardaba imágenes de paseos, reuniones familiares y celebraciones de cumpleaños. Con ella, más tarde, Diego le tomaría fotos a los huesos fracturados de Space. En la memoria quedaría la radiografía de la enfermedad que carcomía al edificio y que hacía que la urbanización que le había parecido tan bonita estuviera raquítica. Así como Santiago y su cámara fueron testigos de la vida feliz de Space, para usar una frase popular en las historias que hay detrás de la arquitectura –hay por lo menos tres libros que la tienen en sus títulos–, Diego y la suya revelaron la vida secreta del edificio.

3

El día que detonaron la Torre 5, Claudia Restrepo llegó al Puesto de Mando Unificado (PMU) en la terraza del Hotel Intercontinental, a pocas cuadras de Space, a las siete de la mañana. Habían pasado cuatro meses y medio desde que le había correspondido estar al frente de la tragedia. Si hubiera podido decidir, se habría quedado en su oficina. No tenía ninguna intención de revivir aquellas noches de remoción de escombros, de búsqueda de cuerpos, de atención a los afectados. Y estaba Diego. Diego, Diego, Diego. O no estaba. Hacía seis meses que Diego, su esposo, que compartía el nombre con el de Ángela, había fallecido víctima de un cáncer. Su partida fue un desgarrador, pero su espíritu estuvo presente en los días del desastre.

Antes de que el PMU se llenara de funcionarios y de invitados, de que llegara Aníbal Gaviria, alcalde de Medellín; Luis Felipe Henao, ministro de Vivienda; Carlos Iván Márquez, director nacional de la Dirección de Prevención y Atención de Desastres (DPAD), Claudia tuvo un momento para estar sola. Desde la terraza miraba el edificio. Se dio cuenta de que durante el rescate no se preocupó por su forma. Lo contemplaba, pero no se detenía en ningún pensamiento, como en una meditación budista.

Así estaba justo antes de la muerte de su esposo. Diego llevaba dos años luchando contra un cáncer de páncreas y había llegado el día final, el jueves 8 de agosto de 2013. Se quejaba en la cama del apartamento donde vivían. Claudia le aplicó morfina y se acostó a su lado. A las tres de la mañana se despertó y vio que Diego expiraba. Empezó a meditar y en la mitad del mantra Diego dejó de respirar.

La enfermedad cambió la mirada de Claudia frente al mundo y al corazón de las personas. Experimentó de forma profunda lo que significaba el cuidado, el amor y la pérdida, y entendió que no tenía control sobre la muerte.

–Yo viví lo de Space en un momento en el que la mirada de una persona era más importante que cualquier cosa.

En el quinto día de su encargo como alcaldesa le informaron que el DAGRD había desalojado un edificio en El Poblado. Era la primera vez que en Medellín se ordenaba una evacuación de ese tipo. Los medios se enteraron y mostraron las imágenes del ingeniero estructural dando tranquilidad. Claudia estuvo de acuerdo con la decisión de los funcionarios.

Al otro día, cuando llegó al sitio del desastre, a las 8:45 p.m., los rescatistas coordinaban el desalojo de las torres que quedaban en pie y habían encontrado a dos personas con vida, los vigilantes Jader y Je-

sús Adrián. La prensa estaba en el lugar. Claudia le pidió a Luis Fernando Suárez, vicealcalde de Seguridad, que se encargara de las declaraciones mientras ella se concentraba en determinar cuántas personas había en el edificio. Primero identificaron a los trabajadores de Concretodo y más tarde a los de Ingemed. Luego, el cuñado de Juan Esteban dijo que lo había visto cerca de los escombros.

En las redes sociales corrían la noticia y comentarios que reclamaban la presencia del alcalde. “El alcalde está aquí”, se dijo Claudia y decidió comandar el operativo y atender a los medios.

–Mi primera salida fue para dar los nombres de los desaparecidos –dice Claudia.

4

Ángela llegó al lugar cerca de las nueve de la mañana del domingo 13 de octubre. Ese día cumplía doce años de estar con Diego, su primer y único novio. La noche anterior iban a celebrar.

–Me sorprendió mucho cuando me dijeron que lo de Space fue a las 8:15 p.m. Estoy segura de que Diego me llamó y eran las 8:43 p.m. porque miré el celular. ¿Cree que algún día se me va a olvidar esa conversación? –dice Ángela y recuerda lo último que se dijeron.

–Cree que vamos a trabajar hasta las diez de la noche. Llámeme para ver si la recojo –le dijo Diego.

–¿Les dieron comida? –dijo ella.

–Sí, nos la acabaron de traer, pero es arroz chino y a mí no me gusta.

–Sácale la carmita y te comes el arroz.

–Yo veo a ver qué hago.

–Te llamo ahorita –dijo ella.

En las carpas que la Cruz Roja tenía preparadas para recibir a los familiares de los desaparecidos se contaron detalles del colapso. Ángela se convenció de que Diego no estaba ahí. Lo que no sabía era que pasarían muchos días para aceptar lo contrario.

5

Santiago se enteró por un correo electrónico. “Parte de tranquilidad, tus papás están bien”, leyó justo antes de salir a la calle y vio un enlace de una noticia. El día anterior su papá le había explicado lo que estaba pasando.

–Fue como un aplastamiento; ¡quince centímetros desaparecieron y los hierros se doblaron como si la torre no se hubiera aguantado sobre sí misma! –le dijo.

Las personas que estaban en la urbanización sintieron un sacudón y un ruido muy fuertes, pero en ningún momento se mencionó la posibilidad de que el edificio se cayera. “Los edificios no se caen”, era una convicción bien cimentada en el imaginario popular.

Al mismo tiempo recibía mensajes en Facebook. Abrió el enlace de la noticia y vio la torre derrumbada: “Mierda, ¿qué fue esto?”, pensó. Le pidió a un amigo que llamara a sus papás y así se enteró de que estaban a salvo. Se quedó conectado siguiendo la información que publicaban los periódicos en sus páginas web. La siguió por días. Por el “Minuto a Minuto” de El Colombiano se enteraba de los avances, del riesgo que corrían los socorristas, de las suspensiones del rescate, de la recuperación de las mascotas y de los días de angustia que pasaban sin encontrar a ningún superviviente.

En el día sus padres asistían a reuniones de copropietarios y en la noche Santiago les enviaba un parte de prensa. Los padres, por su conocimiento y acostumbrados a trabajar con edificaciones a punto de caerse, buscaban una explicación técnica. Sabían que no habían perdido su apartamento, sus hijos estaban vivos y tenían empleo, pero querían comprender lo que había pasado. El suyo, podría decirse, era un dolor técnico por el fracaso de la ingeniería y de la arquitectura en soportar el sueño y el desafío de un edificio atípico, que no gustaba porque en Medellín el color gris en la fachada es para los pobres.

Además de exigir una explicación, las familias desoladas sentían que habían perdido su patrimonio y que los habían forzado a desplazarse y a desprenderse de su hogar. Los habían despojado de la confianza en el lugar donde creían estar más seguros. Por primera vez, muchos se sintieron vulnerables y exigían ser reparados por la constructora Lérica CDO; reparación que hasta el momento solo ha llegado de forma económica a los propietarios de las torres 5 y 6, y a algunas familias de las víctimas.

## 6

Hubo un instante, durante los quince días que duró el rescate, en el que Claudia sintió alegría. La esperanza de encontrar a alguien con vida se iba enterrando cada vez que sacaban un nuevo cadáver, y al final la posibilidad de que los últimos tres cuerpos no pudieran ser rescatados era inminente. Y entre ellos estaba Diego, esposo de Ángela. Los técnicos del rescate le advertían a Claudia que la vida de los socorristas corría peligro.

—¡No podemos dejar esos cuerpos ahí! —les decía ella.  
—¡No podemos arriesgar vidas para sacar cuerpos! —le respondían.

—Si usted autoriza, nosotros seguimos —le decía Roberto Urquijo, el capitán de bomberos encargado del operativo—. Nuestro trabajo es correr riesgos, si fuera por los técnicos no entraríamos a ningún desastre.

Claudia pensaba en las familias de las víctimas y no era capaz de dar la orden. “No puedo dejar a Diego ahí”, se decía. Lo último que podían hacer por ellos era devolverles los cuerpos. Cada dos o tres horas pasaba por la carpa de los familiares a saludarlos o a informarles de algún hallazgo.

—Sé que ustedes piensan que ellos están sufriendo; sé lo que es sufrir por un ser amado —les decía.

Para acercarse a ellos les contaba la historia de la larga enfermedad de Diego. Y sus palabras los tranquilizaban y se disponían a colaborar, porque todos pensaban que su familiar estaba vivo. Levantaron una lista de objetos, vestimentas y señales de cada uno de los desaparecidos para poder identificarlos.

Cada día la labor era más difícil. Una vez avistada una víctima, el rescate duraba horas. Si bien las condiciones del terreno eran en extremo complicadas, miles de toneladas de losas de concreto y hierro prensadas unas sobre otras, los socorristas insistían en recuperar los cuerpos completos. La mayoría fueron encontrados cerca del lugar donde trabajaban, en posición de cuclillas y con los brazos cubriéndose la cabeza. Fue su único reflejo. A excepción de Juan Esteban, quien alcanzó a correr y quedó con una pierna aprisionada. Su rescate tardó catorce horas, pero lograron sacar su cuerpo completo. Las familias podían resignarse a la pérdida de sus seres queridos, pero tendrían un cuerpo que llevar a sus casas.

Desde el martes 15 de octubre, cuando los rescatistas confirmaron la identidad del cuerpo sin vida de Juan Esteban, pasó una semana para recuperar las siguientes tres víctimas: Álvaro, Iván y James. El miércoles 23 rescataron los cuerpos de Ricardo y Juan Carlos y el jueves los de Jaime y Wbeimar. Todavía pasarían tres días más para que pudieran rescatar a Luis Alfonso, Albeiro y Diego.

Claudia se acercaba cada vez más a los familiares y perdía la distancia necesaria para tomar decisiones razonables. Le daban cobija, almohada, le pedían que durmiera.

—A mí Space me devolvió la esperanza en la humanidad —dice Claudia.

## 7

Cada día, Ángela veía llegar la noche sin saber de Diego. No volvió al restaurante chino, se alejó de sus hijos, abandonó la técnica en contabilidad que estaba a punto de terminar. Con el paso del tiempo se fue convenciendo de que finalmente Diego estaba entre las víctimas, pero entonces pensaba que podía estar en uno de esos “espacios vitales” que le habían explicado eran frecuentes en los colapsos de estructuras.

—Diego era tan inteligente, iba a tantas capacitaciones, que se pudo haber resguardado en uno de esos sitios —dice Ángela.

Rezaba y le pedía a Dios que se lo entregara sin importar las condiciones en las que estuviera.

—Diosito, yo lo voy a cuidar con mucho amor —decía. Luego también fue perdiendo esa esperanza. Ángela permanecía en silencio, retraída, llorando.

—Lloras tanto que te vas a deshidratar —le dijo Claudia un día.

Se alejaron de las carpas y caminaron abrazadas hasta el Hotel Intercontinental. Ángela se sentó en un muro cerca de la piscina y Claudia se inclinó frente a ella.



El día que colapsó la Torre 6, Diego Hernández, soldador de la empresa Ingeniería, fotografió el edificio donde estaba trabajando. Las fotos las iba a compartir con su esposa, quien lo esperaba en su casa. Él fue una de las doce víctimas en la urbanización Space y su cámara fue encontrada intacta.

Encuentre la versión ampliada de esta historia en [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)

—Me está doliendo, estoy mal, esto me está matando de a poquitos —le dijo Ángela.

Claudia sacó fuerza para hablar de Diego. O se derrumbaba ella o se salvaban las dos.

—¿Qué piensas que está pasando con Diego?

—El está vivo, alcanzó a correr —dijo Ángela.

—¿Eres consciente de que las probabilidades de que esté vivo son muy pocas? —dijo Claudia.

Ángela había visto que junto a los cuerpos los rescatistas encontraban objetos personales y le contó a Claudia que Diego llevaba un maletín con una cámara digital que quería conservar. Claudia se comprometió a hacer lo que pudiera por encontrarla.

## 8

El sábado 26 de octubre la discusión con respecto a parar definitivamente la búsqueda estaba en su punto más difícil. El capitán Urquijo insistía en que se podía hacer un último esfuerzo. Claudia lo apoyaba.

—¡Ustedes están muy comprometidos! —les decían.

—Tienen razón. Como ya me salí de mí, vamos por el último envío, y si no funciona Urquijo y yo nos hacemos a un lado.

—Tenga fe en que los vamos a encontrar —le decía Urquijo.

Si fracasaban lo que seguía era el desmonte de la Torre 5, que podía tardar varios meses. Los familiares habían sido trasladados para un salón en el Hotel Intercontinental porque en la zona el ambiente era muy tenso y se sentía el olor de los cuerpos. Ese sábado, las familias que quedaban recibieron la visita de los familiares de los hermanos Botero y prendieron velas para pedir por un rescate exitoso. Ángela quería quedarse a dormir esa noche, pero Claudia la convenció de que se fuera para la casa.

En la madrugada avistaron el primer cuerpo. Muy cerca, el segundo. Claudia estaba sentada en el tráiler del PMU cuando le avisaron que habían encontrado a los tres.

—Lo que son las victorias pírricas —dice Claudia—. Era horrible, pero nos dio una alegría enorme. Hay una foto en la que me veo sonriendo. Volví a ser yo misma.

Llamó a las familias y habló con Ángela.

—Encontramos el maletín, pero está muy contaminado —le dijo—. Te vamos a devolver la cámara, pero nos debes autorizar a desechar lo demás.

Ángela estuvo de acuerdo y al otro día fue a Medicina Legal a reconocer el cuerpo. Le preguntaron si Diego tenía tatuajes y le describieron la serpiente y el dragón que tenía en los muslos. Ángela supo que habían recuperado a su esposo. La funeraria arregló el cuerpo y pudieron hacer una velación muy rápida y la misa de cuerpo presente. Después lo cremaron.

—Tuvimos la oportunidad de hacer lo que considerábamos correcto —dice Ángela—. Eso me llenó de paz.

En el velorio, el hermano de Ángela le entregó una bolsa con la cámara y los documentos de Diego. La cámara estaba buena, con los recuerdos de sus paseos intactos en la memoria. En la casa revisó las fotos y se dio cuenta de lo que Diego estaba haciendo antes de morir, intentando rescatar un edificio moribundo.

Semanas después recordó que había hablado con él de hacerse un tatuaje en la pierna. Y entonces supo exactamente lo que quería. *Diego el amor nunca muere*, fue la frase que se tatuó en su espalda. Cinco palabras y cuatro pequeñas gaviotas.

Dos meses después, en enero de 2014, Claudia también buscó un tatuador: *viviendounaexperienciahumana*, sin espacios y en letra cursiva, le escribieron en la cara interna del antebrazo izquierdo. El lado del corazón.

## 9

En la terraza del hotel, el día de la explosión programada, Claudia miró por primera vez al Space, una masa gris llena de balcones. Sabía que en pocas horas algo moriría.

En el apartamento de Interlomas, Santiago buscaba el mejor ángulo para la fotografía que publicaría *Associated Press*. Pocos minutos antes de las nueve de la mañana empezó a llover. Claudia recibió por radio el anuncio de que la lluvia era perfecta para la detonación. A las 8:52 a.m. se oyó una explosión y el edificio empezó a caer. Con el corazón agitado por el estruendo, Santiago disparó una ráfaga. Se levantó una nube de polvo que cubrió el edificio. Pasados unos minutos se vio la mortaja hecha añicos. Pedazos de losas quedaron colgando de la estructura.

—Mierda, no sabemos construir y tampoco sabemos tumbar —dijo Santiago.

Revisó su cámara. Tenía una buena secuencia que más tarde se ofrecería al mundo.

Unos pisos abajo, una vecina miraba desilusionada por la ventana de su apartamento.

—Ese muerto sigue vivo —dijo.

Claudia sintió el mismo desgarrar que el día que murió Diego. Un momento de desolación y de profunda tristeza. A las 9:07 a.m. recibió en su celular un mensaje de Ángela.

—Hola doctora, ¿cómo está?

No supo qué contestar. ☹

**EAFIT PRESENTA SUS NUEVOS POSGRADOS**

|  |  |
|--|--|
| <p>MAESTRÍA EN<br/><b>ADMINISTRACIÓN DE RIESGOS</b><br/>SNIES 102967</p>                   | <p>ESPECIALIZACIÓN EN<br/><b>GESTIÓN PÚBLICA MUNICIPAL</b><br/>SNIES 102964 (virtual)</p>            |
| <p>MAESTRÍA EN<br/><b>GERENCIA DE LA INNOVACIÓN Y EL CONOCIMIENTO</b><br/>SNIES 103100</p> | <p>ESPECIALIZACIÓN EN<br/><b>DIRECCIÓN DE OPERACIONES Y LOGÍSTICA</b><br/>SNIES 102965 (Pereira)</p> |

**INSCRIPCIONES ABIERTAS**

Informes:  
Línea de atención al usuario: 4489500  
posgrados@eafit.edu.co  
[www.eafit.edu.co/posgrados](http://www.eafit.edu.co/posgrados)

**Ahorro y crédito con solidaridad para el bien vivir**

Los juguetes viejos han sido usados para todas las historias. Tinta, hojas, imaginación. Los juguetes de la bodega, museo y taller de Rafael Castaño son de carne y hueso. Todos fueron jugados en estas calles, en estas tierras, en estos aires. Van y vienen los juguetes de la memoria.



por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

## Con todos los juguetes



Mientras en la ciudad hay fieles que se afanan por regalarle un juguete a un niño, Rafael Castaño ayuda a que muchos adultos encuentren su juguete favorito, el que perdieron o olvidaron en su niñez envejecida. Cuando alguien descubre en una vitrina ese tren de cuerda, el mismo que corría entre cordilleras de cobijas, vuelve a ver la película de su infancia. A Marcel Proust le pasó con una tacita de té, tomando el algo, mientras remojaba una colación: lo llamó memoria involuntaria. Y algo parecido es lo que sucede todas las semanas en la bodega de La Bayadera, donde se refugian Rafael y sus juguetes.

Desde hace quince años, él y su hermano Alejandro llegaron a Barrio Colombia a construir naves y animales utópicos inspirados en aviones antiguos, monstruos mitológicos y algunas máquinas de Leonardo Da Vinci. Al tiempo, el lugar se fue llenando de otros

inquietos, los muñecos abandonados que adoptaba Rafael en las quincallas del Centro y en el Bazar de Los Puentes. De niño coleccionaba monedas y estampillas por contagio de su tía Corina, filatélica y numismática. Pero fue ya grande cuando algún dios de los juguetes le hizo el llamado. No se cayó del caballo, como Pablo de Tarso, pero casi.

“Fue en el Centro, por Bolívar, antes de que tumbaran esa calle para hacer el Metro. Iba al lado de la ventanilla, en un bus de Belén Terminal. Cuando lo vi se me apareció toda la infancia: era un carro viejo de pedal. Me bajé a mirarlo. Valía como dos mil pesos. Lo compré y me lo llevé para la casa. Desde ese día, a mí no me pueden decir que hay un juguete en la cola del mundo porque allá voy.

“Una vez me contaron que en la repisa de una cantina había un carro de bomberos y hasta allá fui. Era hermoso. ‘Muéstremelo’, le dije al dueño. ‘No... no... y no’, me respondió. Era muy parecido al que yo tenía cuando

niño. Volví varias veces hasta que el hombre lo bajó y me lo vendió”.

Antes de abrir su taller de creación, Rafael estudió Derecho con el único fin de proteger a su familia luego de la muerte del padre. Siendo adolescente leyó una novela donde un tal Pietro Crespi trataba de conquistar a una mujer a fuerza de regalarle juguetes de cuerda que ella ponía de adorno en las paredes de la sala, hasta que un coronel loco los desbarató para ver si tenían alma. Castaño nunca litigó. Se enamoró de María Cecilia y, cuando a ella la trasladaron a Cartagena por su trabajo, él se fue detrás. A la postre hizo dos cosas: se casó con su novia y se graduó como artista en la Escuela de Bellas Artes.

Como tantas de sus criaturas que hacen maromas increíbles con un pequeño impulso, también Rafael, con monedera de artista, ha logrado reunir auténticas joyas de colección: un mono articulado marca Schuco, de los años veinte; autómatas japoneses de la postguerra; el Cadillac dorado de Elvis Presley, que se prende con llave como el de verdad; una motocicleta Arnold Mac, cuyo piloto se baja, la prende, sube el pie y arranca: todo un prodigio accionado por un diminuto motor de cuerda. En la promiscuidad de las vitrinas conversa Topo Gigio con un grupo de muñecas, el Mago Fox desaparece a un conejo, o lo desaparecía porque ya no prende. La mayoría de los juguetes están descompuestos, las pilas de hoy no les funcionan o les falta algún resorte, una rueda del engranaje... Así, los juguetes lucen adormecidos en su limbo, como los de *Toy Story*. Tal vez, de noche, cuando el dueño se va, salen todos a pasear, cojeando por La Bayadera, o se cuelean en la alucinación de algún habitante de la calle.

Cuando algún reciclador del barrio encuentra un robot entre una caneca, corre a llevarse a Rafael. No lo mueve solo la paga: “Aquí regresan todos los que me han vendido algo para que se los muestre. Entran y contemplan otra vez el juguete que trajeron hace tres años. Se emocionan porque sienten que hacen

parte de algo grandioso como esta colección y que su trabajo no es basura.

“Hace algún tiempo vino uno al que llaman ‘El Bogotano’. Apenas vio el famoso Batimóvil de hojalata, inspirado en la serie de los sesenta, dijo que cuando tenía ocho o nueve años iba de la escuela a trabajar en una fábrica que ensamblaba estos carritos. Las piezas las mandaban de la casa Ford, en Estados Unidos. Era la época en que las empresas matrices de automóviles sacaban al mismo tiempo que sus carros una línea de réplicas de juguete. No me atreví a preguntarle al hombre si él mismo había llegado a tener su Batimóvil. Es muy posible que no”.

De pronto, asoma un astronauta que ha salido a dar una vuelta alrededor de la nave, atado a su cordón umbilical. “Todo esto es de Los Puentes”, dice Castaño, quien con ese semblante de plácido mostacho y rodeado de sus figuras, se parece cada vez más a Gepetto. “Son juguetes de mi época. A mí me tocó el viaje a la Luna, los aviones de propulsión; monté en los de hélice y en el Super Constellation. La característica de los juguetes de esos años son sus decorados con litografía”.

Un día pasó un hombre vendiendo escobillones. Castaño, atraído por la

forma de ese cepillo de alambre trenzado para limpiar botellas, le compró uno. El vendedor también sintió curiosidad por el refugio del artista.

“Siga, adentro tengo juguetes”, le dijo. El otro caminó a lo largo de las vitrinas hasta que se fijó en una mariposa y un avión rústico de lata. Los ojos se le encharcaron, eran los juguetes que le hacía su papá, y allí estuvo un buen rato recordando, entre lágrimas, cada detalle. Antes de la irrupción del plástico casi todo era de hojalata: baldes, regaderas, bañeras para bebé. En Medellín era habitual que los hojalateros hicieran juguetes con los retales de ese material. Los soldaban con estaño y los pintaban con esmalte. La mariposa tiene ruedas y cuando el niño la empujaba con un palo agitaba las alas. Rafa hace la demostración mientras lanza una declaración de terapeuta: “Estos juguetes le permitieron a ese señor encontrarse con su padre”.

Una señora llamó al local para preguntar si allí tenían una muñeca de pasta que lleva unas flores en la mano. Y como aquellos niños a los que les inculcan que no sean egoístas con sus juguetes, Rafael se la prestó para que la cargara, pero solo dentro del museo. Ella vino y contó que esas muñecas eran muy populares en los cincuenta, que entre sus amiguitas les celebraban fiestas de cumpleaños y de primera comunión, y hasta les hacían tarjetas de invitación.

Entre tanto hay una secretaria, con cola de caballo, que ha dejado de teclear para mirarnos a través de la vitrina. Rafa anota que hubo una época en que estos juguetes pretendían enseñar roles u oficios en la sociedad. Ahora no sucede así, antes bien podría considerarse como una discriminación de género o un insulto: “Yo le tuve que pedir permiso a una hermana para regalarle unas ollitas a una sobrina porque le había escuchado decir que quería jugar mamacita con vajilla”.

Una búsqueda memorable del juguete favorito empezó cuando una visitante agachó la cabeza y confesó que nunca había tenido juguetes. “Haga memoria”, le dijo Rafa con el tono neutro del analista, “haga memoria que usted sí tuvo. Es que los juguetes se hacen”, le insistió. Y luego de un silencio revelador la mujer recordó: “Mentiras, yo sí tuve una muñeca. La hicimos entre mi mamá y yo con una mazorca, le pusimos ojos y el cabello de lo mismo... Hasta me duró un buen tiempo”.

También vinieron unas antropólogas para confirmarle a Castaño su teoría. En sus estudios sobre la vida cotidiana de los indígenas emberá en Risaralda, escucharon de buena fuente que a los niños les prohibían jugar. Pero una informante les contó luego que su hermanita y ella hacían amasijos de hojas que amarraban con tiras de tela, a manera de muñecas. Cuando los adultos se acercaban, las pequeñas solo tenían que soltar los nudos: las hojas saltaban por el aire y las muñecas desaparecían.

No siempre los chechereros son los que proveen a Rafael de sus piezas. De pronto, en una visita familiar vio a una

niña boleando una abeja de madera, una maravilla de colección hecha por la Fisher Price en el año 37, caramelo escaso. Rafa empezó a temblar.

“Preste pa’acá”, le dijo, “que eso no es pa’jugar”.

A él le gusta decir que no compra juguetes sino que se los encuentra. También se siente depositario de un secreto cuando alguien le entrega el juguete que más quería cuando era niño. Sabe que en cualquier momento esa persona va a volver. Se erige como delegatario de la memoria que encarnan esas figuras. Y por eso son las que cuida con mayor celo.

Cuando Castaño expuso en Comfenalco una serie de ciento cincuenta piezas, bajo el título *Arqueología del Juguete*, un señor muy serio se acercó y le dijo: “Ese avión es el mío”. Él le replicó que ese era un juguete japonés de los cincuenta, del cual podría haber miles de ejemplares en el mundo. Son aviones grandes de tres motores que hacen aparecer la azafata en la puerta y muestran a los pasajeros levantándose de las sillas.

“¿Por qué dice usted que es el suyo?”. Entonces el otro sacó algo del bolsillo: “Mire, estas son las ruedas que le faltan”. Se las puso y calzaron a la perfección. Daba la impresión de que era un tipo muy aporreado por la vida, de una edad menor a la que aparentaba.

“Se llamaba igual que yo, Rafael. Nos volvimos amigos y caía a deshoras al taller, se notaba que necesitaba hablar. Me contó que había salido de la casa y que cuando volvió, la mujer con la que vivía le había botado todos sus juguetes, los que guardaba desde niño. Parece que nunca se recuperó de esa separación. Saber que tuvo momentos felices en su infancia lo alentaba a seguir”.

Rafael sabe cada detalle de su Robocop de los ochenta, de un tren Lionel o de un Bambi hecho en Medellín, en el taller de José Bartolini, cuando la fiebre del plástico logró que muchos niños pudieran tener uno. Un buen número de personajes no gozan del privilegio de estar exhibidos en las vitrinas y se mantienen confinados en enormes cajas de cartón en el segundo piso. De pronto nos muestra unos carros de hojalata con inscripciones diminutas: “Japón ocupado”, “Alemania ocupada”. Eran los juguetes que se hacían poco después de la Segunda Guerra, muchos de ellos con material reciclado de latas de galletas y con proclamas políticas. Era habitual en los barrios de las ciudades arrasadas reunirse para hacer juguetes con lo que se hallaba a mano.

También aquí pasaba que los papás ocupaban tardes enteras en hacer juguetes para sus crios. Don René Botero, el personaje que recoge en un Volkswagen al niño que perdió el bus de la escuela, en *El olvidado que seremos*, era uno de esos.

“Don René tenía apariencia de hosco, pero le encantaba fabricar trompos y patinetas para sus hijos. Los viejos de esa época se hacían los bravos porque creían que era la única manera de lograr que no nos desviáramos en la vida, aunque de todas maneras nos desviáramos”.



A Rafael le parece un tanto disparatada la idea de que las armas de juguete vuelvan violentos a los niños. “Yo mismo jugué con armas, rifles de copas, disparé pistolas y tiré con caucheras”. Entonces recuerda la idea de Virgilio en la *Eneida* cuando dice que en un momento de ira cualquier instrumento de trabajo se convierte en un arma.

“Una vez vino un personaje a decirme que necesitaba que yo le vendiera todo: mis juguetes, los móviles, las vitrinas, la bodega, yo incluido con las historias. Fui insistente al decirle que nada de esto andaba en venta, pero el hombre volvía desafiante: ‘¿Cuánto vale? Dígame una cifra’. No había ninguna. ¿Qué iba a hacer yo con la plata? ¿Qué pensaba hacer el tipo con mis cosas? No lo sé, tal vez las quería para decorar o... ¡para nada! Hay gente que no sabe qué hacer con la plata y quiere comprar los sueños de los otros”.

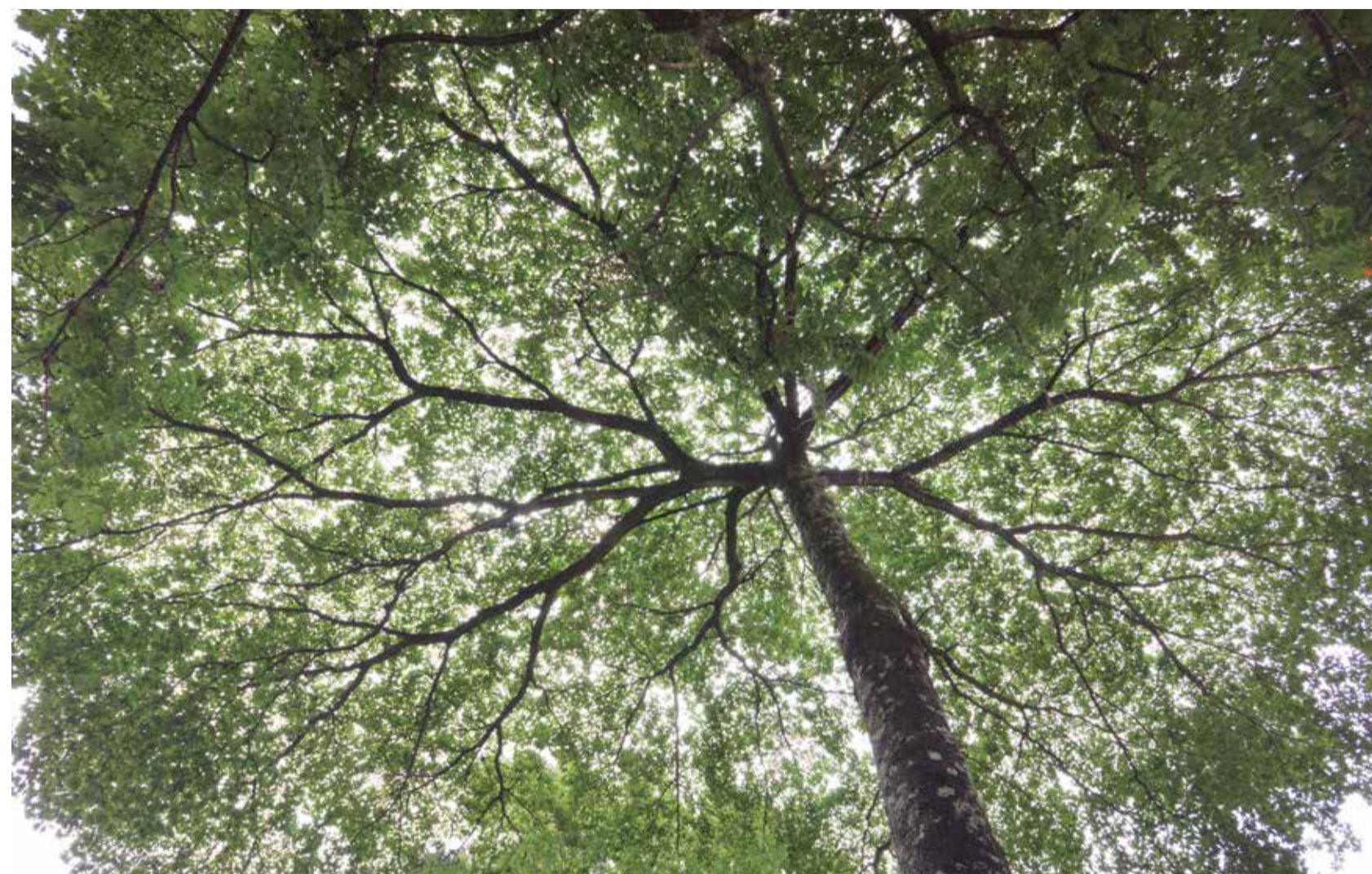
Si los juguetes han sobrevivido a las batallas de la niñez debe ser porque hay niños cuidadosos o madres como aquella que no dejaba sacar a la Barbie de su caja, de modo que la niña la tenía que arrullar así empacada. Gracias a esa orden, las lánquidas se conservan intactas como momias en su sarcófago. Aunque Rafael Castaño prefiere las reliquias mugrientas que encuentra bajo el Metro: un oso lustrabotas, un bombero de moto, un payaso en harapos con los que el niño desconocido maquinó más de una jugarreta. UC



# FIN DE LA TERMINALIA

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Mientras me tomo una aromática en la terraza de Crepes & Waffles de la avenida Nutibara, en Laureles, no puedo dejar de observar un árbol que se levanta imponente en medio del separador. Mide quizá veinte metros de altura y unos ochenta centímetros de diámetro, es un gigante. El tallo es liso y recto desde la base, y arriba, en la cima, se despliega en múltiples ramas en forma de parasol. A la hora del almuerzo, su sombra alcanza a proyectarse sobre los dos lados de la calle. Pero no es eso lo que atrae mi atención, sino la herida que tiene en la base del tronco. Es una úlcera amarilla hecha a machetazos, propinados a la altura de una rodilla humana, que le da la vuelta al árbol como un anillo macabro.

A pesar de todo el árbol está en pie, es un titán del lugar, es hermoso. Pero quien le hizo esa espantosa incisión -o se la mandó a hacer-, sabía bien que una herida así no era otra cosa que una sentencia de muerte. Justo por debajo de la corteza transitan desde las raíces hacia las hojas cientos de litros de savia, los cuales permiten el funcionamiento de esta máquina natural, silenciosa por fuera pero turbulenta y activa por dentro. "Anillar" el árbol con un corte de solo algunos centímetros de profundidad, es cerrarle el paso al agua y las sales minerales que suben por el tronco y se reparten por todo el árbol. Este corte no es pues el simple raspón que aparenta, sino un cuidadoso procedimiento homicida, una certera y cobarde cuchillada en la femoral.

Por eso, cuando mis ojos descubren la herida del árbol no puedo dejar de mirarla. Una vez entran en mi conciencia las consecuencias de esa incisión, el placer de la presencia del árbol desaparece. Es como si una solidaridad de origen primitivo se despertara y me inundara de dolor, fastidio, impotencia. Previendo la aparición de estas sensaciones, el asesino hizo el corte precisamente donde las hojas grandes de unas plantas sembradas en el separador, lo tapan un poco. Pero por más cuidado que el asesino haya tenido, la llaga, amarilla y dolorosa, no está oculta del todo y la veo perfectamente desde la mesa donde bebo a sorbos mi infusión de yerbabuena.

No es necesario preguntar a los vecinos por los motivos de la cirugía macabra. Este árbol es una *Terminalia* ivorenensis, una especie a la que se le ha dictado sentencia en la ciudad, como si

estuviéramos hablando de una raza de hombres rechazada y torturada por una indolente mayoría. La *Terminalia* es originario de las regiones históricamente espoliadas (de esclavos, de marfil, de madera) en golfo de Guinea, en África. Por su velocidad de crecimiento, que prometía sombra en unos pocos años, el Inderena lo introdujo para reforestar y la *Terminalia* dio un salto rápido al ámbito urbano. Y si bien no es propiamente materia para la fina ebanistería, da una aceptable madera de combate. Pero al parecer no tuvieron en cuenta un rasgo muy peculiar de esta especie exótica: el efecto del olor de sus flores en la exigente nariz de los habitantes de Medellín, más tolerantes a los perfumes baratos que a los hedores espontáneos.

Entre las estrategias de las plantas para llamar a los insectos polinizadores, los olores fuertes son un sebo efectivo. El ejemplo más extremo de esta técnica es el de la "flor cadáver", llamada así por su tufo a carne podrida. Esta flor, que puede llegar a medir hasta tres metros, es originaria de la isla de Sumatra y lleva el nombre científico de *Amorphophallus titanum*. El nombre traduce algo así como "falo titánico sin forma", y demuestra que no solo el órgano genital femenino puede tener aromas extravagantes y atrayentes; la prueba son las multitudes que gozan con ese perfume natural y se reúnen en los jardines botánicos para oler su efímera floración.

En una medida más modesta pero no menos potente, es lo mismo que pasa con las *Terminalia*. En Medellín hay muchos de estos árboles. En la estación San Antonio del Metro hay varios, también en Junín cerca del Coltejer y en la carrera 76 en Belén. En verano, cuando los botones reventan y florecen es divertido ver cómo la gente pasa y se huele las axilas, o se detiene y levanta un pie a ver si pisó una mierda. Pero las cosas van tomando otro matiz cuando las *Terminalia* han sido sembrados en una zona comercial, especialmente de restaurantes y comederos de cualquier tipo.

En lugares como la 76, cerca de la biblioteca, las primeras floraciones hicieron que los vecinos se culparan entre sí de problemas de aseo, hasta que llegaron al germen de su problema: una floración de varias *Terminalia* al mismo tiempo podía significar quince o veinte días de clientes que se devolvían o se levantaban de las mesas debido al olor reconcentrado, sobre todo en los negocios pequeños. En algunos casos, el Área Metropolitana tuvo

*Ve el loco con la nariz, más que con los ojos.*  
Patrick Süskind, *El perfume.*

que darles una "buena muerte" a los culpables del olor antes de que cada quien, en la alta noche, hiciera las cosas a su manera como ocurrió con la *Terminalia* de la Nutibara.

Es evidente que este fue un ataque selectivo, con lista en mano como es el uso doméstico, pues puedo ver que de todos los árboles del separador, un pero de agua, dos laureles, un mango, un tulipán africano y una *Terminalia*, solo este último está "anillado". Parece que la sombra que da durante todo el año no fue suficiente para que se le perdonaran quince días de vivificante fetidez. Si bien los dueños o administradores de restaurantes suelen ser los más impacientes con este tipo de perfumes, un trabajo como el de la *Terminalia* de la Nutibara lo pudo haber hecho cualquiera, desde el que cuida los carros hasta el vecino de un balcón a la altura de las ramas superiores.

Un funcionario del Jardín Botánico de Brooklyn dice que durante la última aparición de la "flor cadáver", le pareció que ese olor fétido tanto repetía como atraía a la gente, de una manera misteriosa. Quizá el hecho de entender que esa es una estrategia para atraer las moscas, para que estas crean que las entrañas de sus pétalos son carne podrida donde pueden depositar sus huevos, sea la razón por la cual la gente saca ese poco de tolerancia que lleva dentro. ¿No será que si se le explica a los clientes de un restaurante, inquietos con el olor de una *Terminalia*, que se trata de algo natural, que no es suciedad sino un aroma que trae vida a la zona, se olvidarán y seguirán disfrutando de su comida?

Mientras tanto, en medio del separador, la *Terminalia* de la Nutibara resiste, y resistirá un tiempo hasta que las hojas se sequen y la tristeza lo invada por la falta de alimento, de savia nutritiva. O tal vez, pequeños milagros se han visto, si no se le refuerza el procedimiento,

el árbol encuentre la manera de regenerar sus tejidos y siga viviendo. Si no lo logra, acabará como el de la carrera 76 con la calle 30, que también fue "anillado" y ya es todo un despojo en pie. Sobre este caso, un hombre viejo, mueco y sonriente, que por satisfacción propia siembra matas en las jardineras, me dice que a este árbol el trabajo se lo hicieron en la soledad de un fin de semana. Sin embargo, asegura que este no había dado aún la primera floración. ¿Por qué lo anillaron entonces, por qué lo mataron? ¿Previendo el mal olor? ¿Quizá porque la altura de las ramas podría ser un camino de apartamenteros al edificio vecino? ¿O, como dice el espontáneo jardinero: lo hizo un yerbatero falto de cortezas para recetar? Como siempre, en esta y otras iniquidades de nuestro pueblo, no fueron los vecinos, ni los extraños, ni nadie. Lo normal es que nadie haya sido el que ordenó dar machetazos en redondo a ese otro gigante, ni al de la Nutibara, ni a ninguno. En cuanto al autor material, ¿qué decir?: por unos pesos y la proporción de un arma afilada, cualquier mamarracho de hombre se ofrece.

Pago mi aromática y cruzo la calle hasta los pies del árbol. Confirmando lo que calculé desde lejos: el diámetro del tronco ha de ser de unos ochenta centímetros, la altura del árbol tal vez de veinte metros o más. El tronco sube liso y arriba se explaya como una enorme sombrilla, como fuegos artificiales estallando, buscando la luz con una fuerza que le viene desde las raíces, ocultas y aferradas a la oscuridad de la tierra. Pero ya eso tal vez no está ocurriendo, quizá ya no corre vida por su cuerpo alargado. Sin embargo, prefiero pensar que la *Terminalia* está luchando y sobrevivirá, y que lo que veo no es la apariencia de la vida que tenía antes, así como vemos la luz de una estrella en el cosmos, aun cuando ha dejado de brillar después de una muerte prematura. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S. Borges

## VOLVER O NO VOLVER

*Quien se aleja de su casa ya ha vuelto.*  
Borges.

Hay dos clases de personas, las que vuelven a casa y las que no. En la primera clase caben dos variantes. Una es aquella, muchas veces vista, de los que tarde o temprano regresan a sus pagos, después de un largo recorrido; es lo que se podría llamar, quitándole énfasis al asunto, el síndrome del cementerio de elefantes; Freud hablaría del útero materno, pero es más bien volver, curado ya el viajero de espantos, a la arboleda perdida. Que la encuentre o no es otra historia, pero aquí se prefieren los finales felices.

La segunda variante es la de quienes no vuelven a sus querencias, sino que las encuentran en otro sitio, lo cual, en el fondo, viene a ser lo mismo. Gauguin en La Polinesia, Lord Byron en Grecia, Stevenson en Samoa. Se trata, de distintas maneras siempre misteriosas, de buscar unas raíces y de afincarse en ellas; seres así nacen para eso, para esa búsqueda; es su exigencia vital, su más firme imperativo.

Y existe la segunda clase, las de aquellos que se lanzan al viaje sin esperar nada distinto a la aventura o al delirio. No quieren volver, acaso no quieren llegar. Buscan una quimera, o, tal vez más que eso, una pirueta ante la muerte. Lope de Aguirre y Fitzcarraldo pertenecen a esa estirpe. En el campo de la literatura (que nunca miente), pienso en los dos personajes de *El hombre que fue rey*, de Rudyard Kipling. No pretendo narrar la historia; si no la conoces, búscala cuanto antes; enseña el fondo más oscuro de nosotros, que es de algún modo también el más claro. (O el más absurdo, o el más heroico). John Huston, experto en filmar fracasos, persiguió este relato desde los años 40. Sus actores iban a ser Gary Cooper y Errol Flynn. Pero debió esperar hasta 1975 para convertir aquello en película. No fue inútil la espera, porque Sean Connery y Michael Caine dieron un recital actoral; sin olvidar a Christopher Plummer, quien encarnó soberbiamente al narrador, el mismísimo Rudyard Kipling. Seres absurdos, ficticios o no, exaltan la vida, subliman el fracaso. Y, pensándolo bien, para fracasar no necesitamos salir de casa. Todos somos héroes.

## CODA

Lila Azam Zanganeh nació en París, hija de padres iraníes. Las fotos nos muestran a una joven de rostro bello y dulce, de grandes ojos almendrados. Escribió *El encantador*, un libro delicioso e inclasificable, pues es una mezcla de formas y temas, a los que unifica su talento, y que viene a resumirse en una vasta declaración de amor a Vladimir Nabokov. Cita muchas frases del escritor ruso, de las que menciono apenas una: "El presente es recuerdo en formación".

Pero tal vez la mejor frase, muy al comienzo del libro, es de la propia autora: "Nabokov murió el 2 de julio de 1977, cuando yo tenía diez meses. Nos separaban unos seiscientos kilómetros. En resumen, habíamos tenido un comienzo desafortunado". ☹



DR. GUSTAVO AGUIRRE  
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA  
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

# Las CAJAS del PROFESOR

por GLORIA ESTRADA

Ilustración: Yuliana Montoya

El profesor Alberto Pereira entró a su casa seguido por los hijos de la vecina, Hermes y Omar, dos muchachos de los que Pereira decía que eran malos estudiantes pero acomodados. En fila india pasaron por la mitad de la sala y por un costado de la habitación principal hasta detenerse frente a tres cajas apiladas en el corredor. Las cajas, de madera y latón, forradas en papel periódico, reposaban una sobre la otra y estaban llenas de libros. Cada una podía tener hasta treinta kilos de peso y eran de unos setenta centímetros de ancho, cuarenta de largo y cincuenta de profundidad. Las tres abrían por el ancho, como cofres, en cuyo centro tenían un pasadorcito que permitía ponerles candado; pero no tenían.

Hermes y Omar agarraron, cada uno por un costado, la primera caja, la deslizaron un poco para poder tomarla de la base y, con los brazos temblando por la fuerza, la depositaron en el suelo. “Bájenme la otra también. El libro que necesito está en la última caja”, ordenó Pereira sin mirarlos. Los muchachos procedieron igual, un poco más agachados y con los brazos más temblorosos aún, bajaron la segunda caja muy despacio y la pusieron encima de la que ya habían descargado. “Vayan cojan guayabas mientras busco ese libro”, los invitó el profe para que lo dejaran solo.

Aunque Pereira no vivía en el campo, su casa quedaba a varias cuadras de la plaza principal del pueblo y en el pequeño solar tenía un palo de naranja, otro de níspero y uno más de guayaba ácida. Allí se dirigieron los hermanos —mientras se soplaban las palmas de las manos que les ardían—, donde se juntaron con las dos hijas del profesor, mucho menores que ellos, que jugaban con muñecas a la sombra de los árboles.

Al verse solo, Pereira levantó la tapa de la tercera caja, ubicó con la vista un cuaderno de pasta café con un forro de plástico azul y lo sacó. Le sacudió el polvillo blanco, producto de las bolas de naftalina, y de la mitad tomó un sobre lleno de billetes de diez y cinco mil pesos. Pereira separó unos cuantos, contó setenta mil y se los metió en el bolsillo del pantalón. Los demás billetes volvieron al sobre y éste a la mitad del cuaderno. Antes de guardarlo de nuevo, en una de las hojas el profesor anotó el monto del retiro, la fecha y el nuevo saldo: cuatrocientos cinco mil pesos.

Con la caja cerrada y sosteniendo un libro cualquiera, Pereira llamó a los muchachos. “¿Recogieron muchas guayabas?”, les preguntó. “Siempre —respondió uno—, ¿nos regala una bolsita?”.

El profe les encomendó a las niñas esa tarea mientras los muchachos volvían a poner las cajas una encima de la otra. “Bien alineaditas”, les repetía.

“Va a tener que ponerle más periódico a esas cajas, profe. Mire la cortada que me hice”, lo increpó Omar de salida, enseñándole una pequeña hendidura en la palma derecha. “Eso no es nada hombre pelao, por eso siempre les digo que hay que cogerlas bien de la base para que no se maltraten con los bordes”. Pereira los acompañó a la puerta y les dio las gracias.

Esta ceremonia se repetía un par de veces al mes, cuando el profesor debía hacer algún movimiento de depósito o retiro de sus arcas. Por seguridad y por tranquilidad lo instauró como mecanismo para cuidar sus pesos. Aquella caja, la última, la de la base, se había convertido en el lugar más seguro de la casa, donde su pequeña fortuna quedaba a salvo de los extraños y, sobre todo, de las muchachas del servicio.

\*\*\*

Marina llegó en febrero, una semana después de que las hijas del profesor Pereira entraron a cuarto y quinto de primaria. Iba de lunes a viernes, de ocho de la mañana a tres o cuatro de la tarde, según la cantidad de ropa para planchar. Como todas las empleadas anteriores, llegó recomendada por una conocida de un vecino de un colega del colegio. Y como a todas las anteriores, Pereira no le entregó llaves de la casa sino que la hacía ir al colegio a reclamárselas. La muchacha ya tenía dos hijos de cinco y tres años, permanecía sola hasta casi la una y media de la tarde, hora a la que llegaban los tres Pereira de la jornada escolar y tiempo durante el cual ella preparaba el almuerzo, lavaba la ropa y limpiaba la casa.

Marina mantenía la casa impecable, estaba atenta a los uniformes de las niñas y las camisas del profesor; cuando se iba en las tardes dejaba lista la cena y en las mañanas a veces hasta iba por las llaves mucho antes de las ocho. Los vecinos, siempre tan interesados en poner a circular información, nunca mostraron rechazo por sus acciones como si lo hicieron las veces anteriores cuando a Pereira le contaron que las empleadas prendían el equipo de sonido a todo volumen, o que recibían visitas, o que como si no tuvieran nada que hacer se sentaban largo rato a tomar el sol en el andén de la casa.

Marina era gorda, alta y trigueña, tenía un vozarrón que reñía con su cara redonda y rellena. Como para verse más brava, más fuerte y más grande, se metía en bluyines ceñidos y blusas ajustadas, se recogía el cabello en una cola de caballo y se maquillaba con labiales muy rojos



y sombras azules sobre los ojos. Era más bonita que fea, pero con esa presencia había aprendido a alejar a los hombres.

Durante los primeros días en la casa, en medio de la soledad, Marina alternó sus labores domésticas con la tarea de revisar debajo de los colchones y escultar armarios y cajones. La alimentaba la curiosidad por descubrir algún dinero guardado, pues desde que Pereira llegó como maestro al pueblo, unos años atrás, se había regado la historia de que en su casa escondía plata. Nadie sabía dónde había surgido esa creencia, dónde había empezado, tal vez por el hecho de que no se le veía derrochando plata en bares como a los otros profesores, o en el chisme conocido de que del único banco del lugar, donde le consignaban su salario, siempre sacaba la totalidad de su sueldo. Todo en el pueblo se sabía, cierto o falso, se recreaba, se afirmaba, se regaba.

Entusiasmada por la posibilidad de hacerse a un dinero fácil y rápido, que le ayudara a cumplir el sueño de irse a

estudiar peluquería a Medellín, Marina buscó también en estantes de libros y escaparates. Tomaba uno a uno los ejemplares, los sostenía del lomo y los sacudía con las páginas hacia abajo para que cayera lo que contuvieran. De alguno de ellos cayó un papelito con un número de teléfono. Libro por libro revisó los dos estantes del estudio y cuando terminó solo había encontrado dos separadores, la foto tamaño documento de una mujer desconocida para ella, y dentro de una edición viejísimas de Humano, demasiado humano, un billete de dos pesos, fuera de circulación.

Cuando acometía estas tareas, Marina albergaba la esperanza de encontrar un jugoso botín, producto de los ahorros de un profesor que no se veía gastando, y se imaginaba entregándole unos pesos a su mamá para que se encargara de los niños mientras ella se iba.

Varias veces, durante sus búsquedas, escuchó o creyó escuchar que tocaban la puerta, entonces esperaba sin moverse y sin quitar la vista de la entrada, como una estatua. Cuando el silencio se hacía largo, recobraba el movimiento y avanzaba un poco más.

Pero en todas aquellas inspecciones, hechas con paciencia en las horas muertas que le quedaban en la mañana, Marina no encontró ni dinero ni nada de valor. Hasta que un día se quedó mirando las cajas de los libros. Eran los únicos lugares que no había revisado. Trató de moverlas pero el solo intento le bastó para darse cuenta de lo pesadas que eran.

\*\*\*

Pasaron un par de semanas en los que la rutina de todos transcurría sin altibajos, pero un día cuando el profesor Alberto y sus hijas volvieron de clase, la vecina los esperaba en el zaguán de su casa. “Que Marina tuvo una emergencia y se tuvo que ir”, fue el mensaje que dejó junto con las llaves. “Es raro porque no vi que nadie viniera a darle alguna razón. Sería que uno de los muchachitos se le enfermó, ¿no?”, dijo con la intención de husmear; para entonces Alberto ya estaba abriendo la puerta y despidiendo a la vecina con un “mañana será otro día”.

Aunque todo estaba en orden, no olía a limpio. Tampoco olía a comida recién hecha. La casa se veía igual a como la habían dejado en la mañana. Acuciados por el

hambre, los Pereira fueron directamente a la cocina donde encontraron arroz hecho en la arrocería y frijoles en la olla a presión. Todo frío pero listo para comer. El profesor respiró aliviado. Prendió fogones para calentar y pidió a las niñas que sacaran cuatro huevos de la nevera.

La tarde pasó tranquila. Las Pereira jugaron, hicieron tareas y volvieron a jugar. Alberto durmió la siesta, escuchó radio y leyó a ratos. Hacía días que tenía entre manos Cómo ganar amigos e influir en las personas, de Dale Carnegie, y acababa de leer un caso en el que el autor reforzaba la idea de ver las cosas desde el punto de vista del otro. En esas levantó la mirada e intentó hacer el ejercicio pensando en Marina, pero lo que vio lo sacó del propósito. Notó que las cajas de los libros no estaban alineadas, que había puntas de la primera y la segunda que sobresalían. Trató de recordar la última vez que había hecho algún depósito o retiro de sus ahorros, pero lo asaltó otro pensamiento, una premonición. En efecto pensó en Marina, pero ya no sabía cómo imaginarla. Él, que siempre revisaba que las cajas quedaran perfectamente en línea para evitar que las niñas se golpearan con los bordes, tuvo la corazonada de que algo había pasado.

Pereira salió en busca de los hijos de la vecina y volvió a su casa seguido por ellos. En fila india pasaron por la mitad de la sala y por un costado de la habitación principal hasta detenerse frente a las tres cajas apiladas en el corredor. Los muchachos agarraron la primera, después la segunda, y las pusieron en el suelo. El profesor los miraba a ellos, despacio, y después a las cajas. No sabía bien qué pensar, pero estaba pensando, casi seguro (y el casi era lo que lo tenía ansioso) de que su dinero iba a estar en el lugar de siempre. “Vayan cojan guayabas”, les dijo con una voz que le salió débil y pálida.

Al sentirse solo, Pereira se puso en cuclillas, levantó la tapa de la tercera caja, ubicó con la vista el cuaderno de pasta café con forro azul y lo sacó de entre los libros. Lo abrió por la mitad y con los ojos muy abiertos, hambrientos de ver el sobre, descubrió que no estaba. No pudo sostenerse más en sus rodillas y como derribado se sentó en el suelo, no podía dejar de pensar en Marina moviendo y cargando las cajas. Era esa imagen, y no el dinero perdido, lo que más lo mortificaba. ☹

En el Parque de los Deseos existe un planeta (Kaldi) y es delicioso ...

Empanada Argentina    Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visitanos: Planetario de Medellín, entrada principal  
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

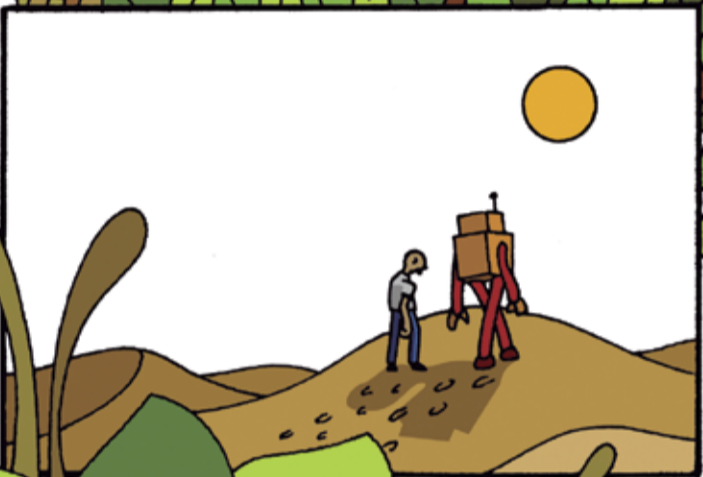
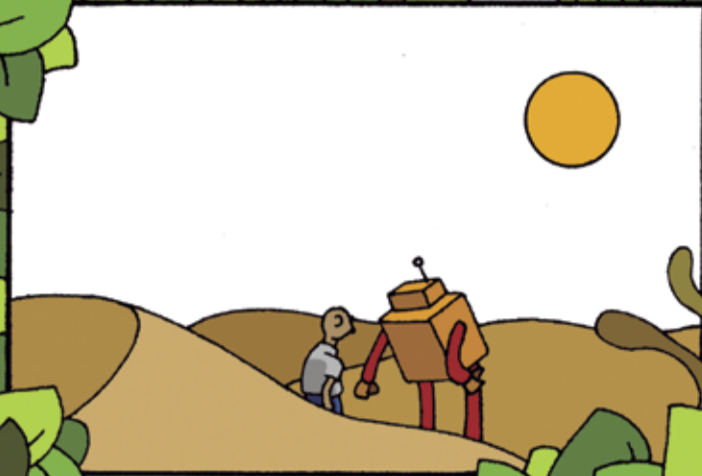
Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

salón a trigo y aroma de café

**Alemán Pues**  
— Restaurante & Cervecería —

**Salchichas y cervezas alemanas**

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa  
Tel: 268 44 20 - El Poblado





# No bebas, amigo

por PABLO R. ARANGO

Ilustración: Verónica Velásquez

Platón propuso un gobierno de la sabiduría y sin quererlo dejó ver que resultaría tan terrible como la peor de las dictaduras latinoamericanas o alemanas o africanas. En el libro tercero de *La República*, en un pasaje en el que examina la mejor educación que puede recibir un guardián, prohíbe la música lastimera y la embriaguez: había que silenciar a los músicos que no ejecutaran las melodías apropiadas. Aunque Platón fuera, como dijo Karl Popper, un bastardo, por lo general sabía lo que decía.

Para una ilustración, basta considerar el caso de Luis Ángel Ramírez, El Caballero Gaucho, quien murió en agosto pasado a los 96 años.

En cada estación de buses o jeeps del Eje Cafetero se oye al fondo, como un eco natural, la música de El Caballero Gaucho. También en cada cantina. Gustavo Colorado dice que esa música es la banda sonora del Eje Cafetero. La expresión es más precisa de lo que parece: se trata de una farsa y, en consecuencia, de una tragedia en versión pintoresca y borracha.

La vida no ocurre solo en la mente, pero es solo allí donde importa. Esta es la nuez tautológica de la que se nutre todo el idealismo. La memoria es como la espuma de la cresta de la ola y todo lo que olvidamos y permanece inconsciente es la masa acuática que nos sostiene, que hace posible la pequeña espuma.

La versión de la vida que nos contamos los habitantes de esta región del país —por lo menos los habitantes rurales o los que crecimos con la música de El Caballero— no es nueva: un ideal absurdo del honor sin fisuras para los hombres y de pureza para las mujeres; una frustración evidente en ambos casos; un lamento constante y la conclusión no siempre aceptada con sinceridad de que la vida es una seguidilla de desgracias. Todo con mucho trago. Y mucha negación, ante todo mucha negación. Una vez un amigo llevó a su papá a una sesión de Alcohólicos Anónimos con la esperanza de que allí pudiera encontrar una vía para salir del remolino suicida de alcohol en el que se había metido. Mi amigo esperó afuera y cuando su papá salió le preguntó qué le había parecido. El padre le dijo: “Yo no puedo entrar a esto porque lo primero que uno tiene que hacer es pararse al frente y decir que tiene un problema, y yo no soy capaz de hacer eso”.

El municipio de Aranzazu presenta desde hace años una tasa muy alta de enfermedades mentales, particularmente de trastorno bipolar, pero a nadie se le ha ocurrido que sea un asunto que deba tratarse médicamente. A un observador de fin de semana podría parecerle que toda la zona es un sanatorio de gente dormida encima de las mesas de los bares. Pero la sola idea de enfermedad mental es dudosa por estos lares:

uno tiene que aguantar lo que sea, y las únicas explosiones permitidas son las de la borrachera.

Las autoridades de Caldas, Risaralda y Quindío siempre han manifestado una conducta igualmente neurótica. Basta con que un periódico publique algún dato desagradable —sobre la cantidad de homicidios o de prostitutas o de tráfico de menores o de narcotráfico— para que esos dirigentes se muevan a desmentirlo. En un último recurso, ante la tozudez de la realidad, como un borracho que no quiere irse, piden que por favor nos fijemos en lo bueno.

Los hombres van a las cantinas de esta zona a emborracharse hasta la inconciencia. Llega un momento en que parecen muñecos tirados sobre las mesas. Cuando se desata una pelea, sin embargo, cobran un dinamismo instantáneo y se propinan machetazos hasta que uno de los dos (¿el perdedor?) cae al borde de la muerte. La escena se repite con revólver o pistola, o con botellazos.

Los hombres no lloran. O si lo hacen, debe ser por una razón aplastante. En una de sus canciones más sonadas, El Caballero canta: “No muestres tu dolor / no seas cobarde / Niega que sufres / y tu pena esconde”. Luego se queja porque esa es la prédica de todo el mundo, de quienes no entienden que “cuando llora un hombre / es que no le queda / ninguna esperanza”. He visto a tipos que reciben un machetazo con lo que parece ser una sonrisa, llorar sin consuelo al oír las letanías de El Caballero.

Las mujeres son a un tiempo misteriosas y pérfidas. No puede saberse lo que anida en el corazón de una mujer, pero sí se puede estar seguro de que es mejor no enamorarse de ellas: siempre pagarán mal. En un raro, quizá único momento de humor, El Caballero comienza su *Alma de mujer* con el viejo y fácil chiste masculino:

“Yo sé qué es lo que anuncian las estrellas / Cuando salen marchitas en oriente

Yo entiendo el vago ruido de la fuente / En su fugaz correr.

Y entiendo muchas cosas de la vida / Mas no sé de secretos sobrehumanos

La traición que se oculta en los arcanos / De un alma de mujer”.

Comentando la música y la actitud de Eric Satie y algunos de sus contemporáneos, Alex Ross dice: “Su llaneza era urbana, no rural: frivolidad con una fuerte impronta militante”. Exactamente lo contrario puede decirse de la música de El Caballero y sus coetáneos. Su llaneza es rural, no urbana: gravedad sin compromisos. No hay militancia estética ni ética ni política. Es el solo recuerdo de que la vida termina en la muerte y en medio están las desgracias, de que el pobre sufre más que el rico (uno de los logros notables de El Caballero es *Viejo juguete*, una cima del melodrama: la historia del niño pobre que, al correr por un juguete que un niño



rico ha tirado a la calle desde una ventana, es atropellado por un carro. Una canción que ha hecho llorar a varias generaciones).

El regocijo con el que Dylan Thomas declara que la muerte no tendrá dominio cuando todo haya pasado solo puede entenderse como una mueca irónica, o como el consuelo de quien agoniza. Y aun como ironía falla. Cuando se trata de la aniquilación, de la nada, los únicos acordes que parecen tocar la mente son las viejas obviedades de la desaparición y el exterminio: “Todo es un espejismo pasajero / incienso en el altar de la mentira”, canta El Caballero en *Espejismo*.

Es ya un lugar común señalar que la ironía elude a quien la busca concientemente. Las mentalidades literales y melodramáticas, en cambio, la encontrarán aunque no se den cuenta. Uno de los casos más impresionantes que conozco es el de El Caballero: durante décadas, miles de borrachos hemos sido impulsados en el delirio alcohólico por las notas y la letra de *No bebas, amigo*: “No bebas, que no vale la pena / las copas no ayudan a olvidar... / Amigo, no bebas demasiado...”.

Una voz gangosa, delgada y en falsete; una música de cuerdas y unas vidas realizadas principalmente en los campos, las montañas y las cantinas, con períodos de tiempo considerables de sueño pesado pero nada reparador encima de las mesas y al lado de las botellas. Con momentos en los que se levanta la mirada para, como dice Eroféiev, beber “tirando hacia atrás la cabeza como un gran pianista”. La voz de El Caballero siempre termina como en un quejido, y los acordes de las cuerdas de triples y guitarras también son gemebundos. Platón tenía razón: hay una simetría entre lo que sale por los altoparlantes y lo que ocurre en las mesas. Como si alma fuera proyección de la música que la penetra.

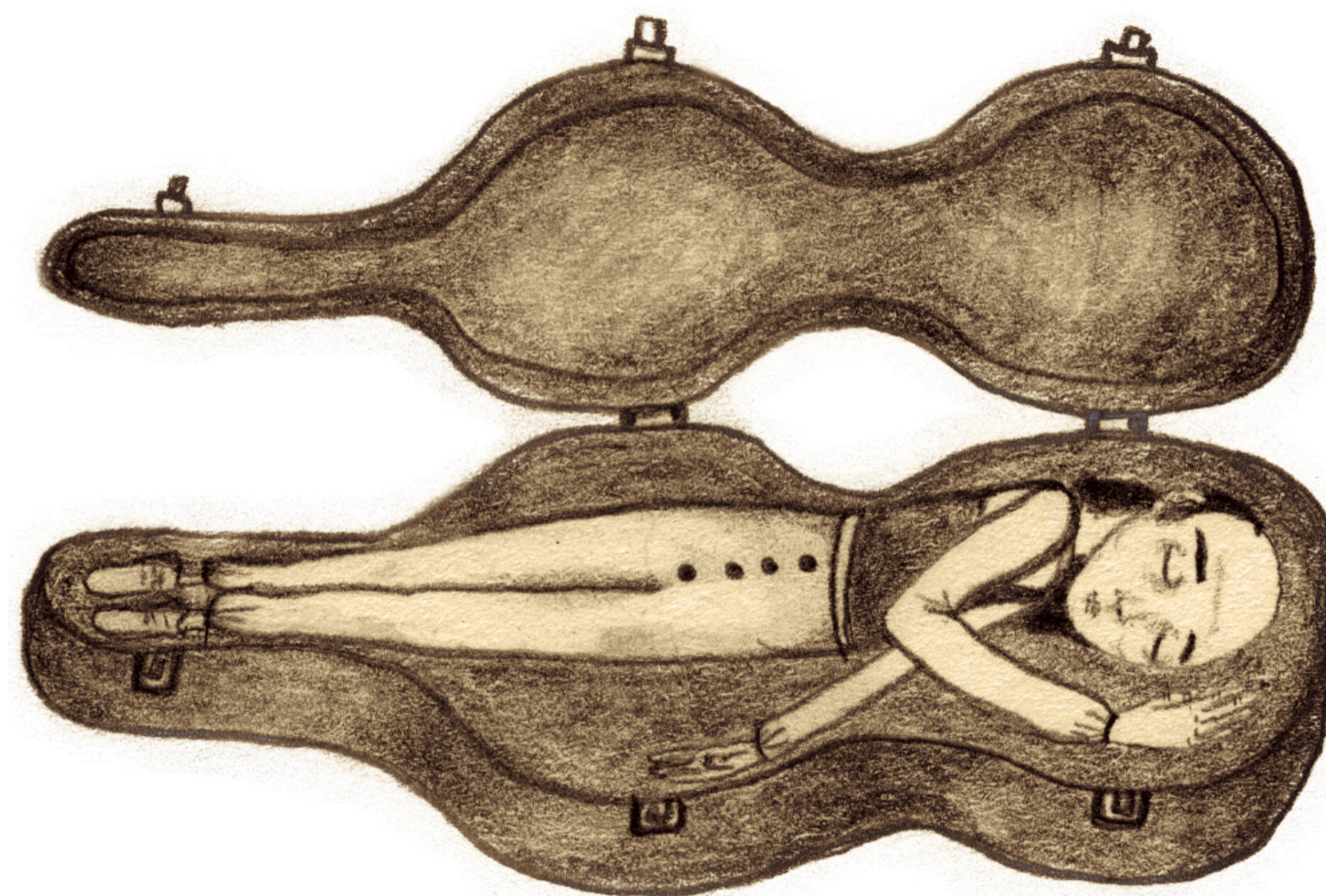
Kierkegaard sugirió que uno de los rasgos distintivos de la experiencia humana es el deseo de repetición. A través de la repetición los fenómenos entran a formar parte de la vida y es así como accedemos a su significado: no racionalmente, sino mediante la inconciencia, la recepción continua, como lo hace el cuerpo con el alimento. Aunque suena todo el tiempo, la gente no oye la música de El Caballero. No se celebra un festival de esta clase de música, y no podría ser un festival. La repetición ha hecho que estos acordes arranquen la verdad desnuda de estas vidas, nuestras vidas: un espectáculo patético y ridículo. Pero no se puede vivir con la verdad desnuda. Así que, por favor, sirvamos otro trago. ☺

Paco de Lucía pasó su infancia en Algeciras, un pequeño pueblo andaluz situado justo en el estrecho de Gibraltar, al sur de España. Por esos tiempos —los años cincuenta— las calles estaban llenas de niños jugando y había un gran problema para identificarlos: demasiados llevaban el nombre de Paco, Pepe y Antonio, de manera que los adultos los llamaban por los nombres de sus madres para indicar a quién le pertenecía cada muchachito: Pepe de María, Antonio de Mercedes, y así. Este Paco era hijo de Lucía. Toda su familia tenía talento musical, todos tocaban y cantaban. Paco era el más joven de la casa y se unió de último al parche flamenco. Su padre se ganaba la vida tocando en fiestas privadas de las que siempre salía, estimulado por algún licor, a rematar con sus colegas en casa, tocando y cantando hasta el amanecer, de manera que al levantarse Paco tenía su casa encendida de magníficos derroches flamencos que le enseñaron ese lenguaje musical desde mucho antes de poner un dedo en la guitarra. A los nueve años, después de asegurarse de que ya sabía leer, escribir y hacer las operaciones matemáticas básicas, su padre lo sacó del colegio porque no tenía con qué pagarlo. “Así tienes más tiempo para estudiar la guitarra”, le dijo. Al no poder asistir al colegio, Paco pasó el resto de su infancia tocando doce horas diarias que, combinadas con su inteligencia y su gigantesco talento natural, lo llevaron al irremediable destino de ser uno de los mejores guitarristas de la historia de la humanidad.

# La última mano derecha

por JUAN MANUEL UCRÓS

Ilustración: Camila López



La guitarra es un instrumento que, para quien decide explorarlo, siempre representa un reto respecto a la mano que se posiciona en el mástil (también llamado brazo). Pero en realidad, la calidad de su interpretación se define en la mano que pulsa las cuerdas, la que rasga, la que, al fin de cuentas, toca. La mano que pone los acordes dicta solo un parámetro: lo que hace realidad el sonido y define su calidad es la intervención de la mano derecha, razón por la cual los diestros pisamos el brazo con la izquierda y los zurdos lo hacen con la derecha, a lo Hendrix. Así, la mano derecha de Paco de Lucía es lo más maravilloso de su interpretación. Es una realidad sonora y visual casi incomprensible para los guitarristas, y mágica para los que jamás se han acercado a una guitarra. Es la culpable de todo lo hermoso de las ondas que se propagan en el aire cuando él toca. A Paco le gustaba “el cante” (que es el nombre que le dan los flamencos al canto propio del género) más que la guitarra porque podía ver el sentimiento de un cantante salir del cuerpo directamente al aire sin pasar por un ente externo y ajeno, que es lo que son todos los instrumentos musicales diferentes a la voz humana. Pero como lo suyo era la guitarra tuvo que aprender a dominar la técnica hasta el punto de olvidar sus dedos y la guitarra misma, para hacerla parte de su cuerpo y no un puente, un costoso peaje para expresar su sentimiento artístico.

La noticia de su muerte me entristeció porque sentí que desaparecería al último ejemplar de una especie en vía de extinción. Como se lamentaría saber que ha muerto el último tigre blanco, o el último koala, o algo así. Desde hace años los *guitar heroes* (tipo John Petrucci o Joe Satriani, entre tantos otros que admiro) vienen desarrollando técnicas que hoy estudiamos todos los guitarristas: el dominio de las cuerdas metálicas, los pedales, los efectos, y la pericia en el uso del *pick* o “uña” como único punto de contacto entre la mano pulsante y las cuerdas. Paco es la expresión más pura de un guitarrista. Guitarra acústica con cuerdas de nylon a disposición de una mano derecha con todos sus dedos participando como cinco *picks* capaces de alternarse entre ellos para llegar a posibilidades sonoras que las técnicas actua-

les de interpretación jamás podrían alcanzar. Los clásicos y los folclóricos perdonarán, pero no hay ningún género que desarrolle la mano derecha como el flamenco. Paco no usaba pedales de nada. Eran él, su guitarra acústica y sus diez dedos poniéndole la cara al mundo y mostrándole cómo se hace la música en su expresión más cruda, más pura.

Esto que escribo tiene por objeto señalar la invaluable pérdida que representa para la cultura musical del mundo la muerte de este guitarrista colosal. En la era de la música electrónica, el éxtasis, el MIDI, la televisión y los videojuegos no es posible volver a encontrar las condiciones óptimas para que se geste un intérprete como Paco de Lucía. Las calles de Algeciras, con sus 116 mil habitantes, seguro ya no estén llenas de Pacos, Pepes y Antonios que juegan por ahí. Esa visión del mundo que da la calle, junto con los amaneceres en medio de explosiones flamencas íntimas y el interés genuino por la sublimación del sonido de los instrumentos que no requieren electricidad, ya nunca más se darán como le tocó a Paco de Lucía. Habrá más guitarristas flamencos, como hay quienes se especializan en la interpretación de instrumentos del pasado como el laúd. Pero el destello de un intérprete como Paco se perderá para siempre, pues carecemos de las condiciones culturales (naturales, se podría decir) que exige el desarrollo de un guitarrista como él. Las búsquedas de los guitarristas y su público se ven influenciadas por el desarrollo de la tecnología y las tendencias estéticas. Ya nadie más se caldeará en la fragua donde se forjaron músicos como Paco de Lucía.

No es que nuestra generación no tenga artistas que se hacen a punta de pulso, lucha y convicción; el problema es que en el medio musical contemporáneo existe una peligrosa permisividad frente a la práctica de adquirir aparatos como una investidura para sacarle al público inmerecidas dosis de plata y atención. La tecnología debería ser un medio para que el hombre haga y desarrolle la música, y no el robot que toca por nosotros.

Los maestros como Paco de Lucía dejaron una cicatriz maravillosa y eterna: la que queda después de la lucha por la legitimidad de la belleza. ☺

# JOY DIVISION

## UN VIAJE DE MANCHESTER A UTRECHT



Fotografía: Anton Corbijn

por NICO VERBEEK

En cierta época de mi vida, cuando tenía diecisiete o dieciocho años, la pregunta fundamental y casi existencial que nos hacíamos entre amigos era: ¿Qué música te gusta? La primera pregunta del examen: ¿Cuál es tu álbum favorito de todos los tiempos? Y la segunda: ¿Cuál es la mejor canción de siempre? Estas dos preguntas servían para determinar dónde se ubicaba uno en el muy importante universo de los gustos musicales. También ayudaba a establecer, de manera inconsciente, una especie de clasificación socio-cultural de los amigos y amantes de la música. En ese mundo encontrabas un lugar dependiendo de la música que escucharas.

Yo no tenía mucha dificultad para contestar las dos preguntas del examen. En el primer caso mi respuesta era el álbum *Closer* de la banda inglesa Joy Division, y mi canción favorita era *Love will tear us apart* del mismo grupo. Esta canción era la única de la banda que tenía algún éxito comercial, pues el grupo hizo todo lo posible por mantenerse en el anonimato al declinar varias ofertas de grandes disqueras. El título de mi canción favorita también figura como epitafio en la tumba de Ian Curtis, el cantante de Joy Division.

La historia del grupo es más o menos conocida, sobre todo entre los seguidores de la música alternativa de finales de los años setenta y principios de los ochenta. Joy Division surgió en la época del llamado "postpunk", tenía su inspiración en el punk y en la idea de que todo muchacho podía formar su propia banda y ni siquiera era necesario que tocara un instrumento. Lo único que se requería para hacer música eran ganas de hacerla y compañeros que quisieran subirse al bus.

Los amigos de infancia Bernard Sumner y Peter Hook asistieron a un concierto de los Sex Pistols en Manchester, su ciudad natal, y decidieron formar una banda; inicialmente la llamaron Warsaw, nombre prestado de una canción del famoso álbum *Low* de David Bowie. Más tarde se sumaron el vocalista Ian Curtis y el baterista Stephen Morris. Lo interesante del grupo fue que muy rápidamente se alejó del sonido puramente punk, al tiempo

que desarrollaba un estilo de música dinámica y sombría, con un toque melancólico que no era muy común en el movimiento punk, donde primaban la agresividad y el ruido puro.

El grupo duró poco menos de cuatro años, de julio de 1976 hasta mayo de 1980, con dos puntos bien marcados: el concierto de los Sex Pistols en julio de 1976 y el suicidio del cantante, Ian Curtis, el 18 mayo de 1980, a la edad de veintitrés años.

Era inevitable que una muerte tan prematura lo catapultara al estado de héroe de culto y al cielo de los ángeles caídos, donde también se encuentran almas gemelas como Jim Morrison y Janis Joplin, con la diferencia de que Ian Curtis no sucumbió a las drogas ilícitas; lo suyo fue un final con receta médica: murió debido a su condición de epiléptico y a los medicamentos lícitos pero muy nocivos que le prescribía su doctor. Nunca sabremos en qué medida su visión pesimista de la vida influyó en la decisión final.

Hoy intento responder cuál era el motivo de la atracción que la música de Joy Division generaba en personas de mi generación. Primero hay que decir que la música era muy buena, y sobre todo muy diferente a lo que centenares de bandas estaban haciendo en esa época. El grupo apenas alcanzó a grabar dos álbumes de larga duración titulados *Unknown Pleasures* y *Closer*, ambos de una gran belleza y con un sonido único. Hay que decir también que para lograr esta hazaña el grupo contó con un productor supremamente creativo, Martin Hannett, quien puso su sello personal al producto final.

También fueron muy importantes las letras de las canciones, todas escritas por Ian Curtis. Si hubieran sido editadas hoy estaríamos hablando del gran Ian Curtis, otro poeta maldito, de la tradición de Arthur Rimbaud o Paul Verlaine, y no de un simple cantante de rock. Otro toque especial de la música de Joy Division era el timbre

oscuro de Curtis, que parecía salir del infierno. Los temas que trataba Curtis giraban alrededor de su crisis existencial, su visión pesimista y algunas referencias literarias.

Debió ser en 1978 o 1979 cuando escuché por primera vez la música de Joy Division. El final de los setenta significó, en muchos aspectos, un quiebre en la cultura del mundo occidental. En países como Gran Bretaña, Holanda, Alemania y Francia los jóvenes habían perdido los ideales asociados al movimiento juvenil de los sesenta, los jipis, que querían cambiar el mundo, hacerlo mejor, más justo, más igualitario, más democrático, más libre de la autoridad... Estos ideales se habían dado por perdidos, y se acercaba una década que fue un punto de no retorno para el mundo: la era de Reagan, de Thatcher, del neoliberalismo, que en cierta manera fue la apertura de una época nefasta para la economía mundial, y que terminaría con la crisis bancaria de 2008 que

casi derrumbó el sistema económico y social de Occidente.

Como sea, la esperanza de cambiar el mundo se había esfumando entre un escepticismo sano y un materialismo extremo, y los jóvenes de la "época del yo", como se conocieron los ochenta, ya no creían en nada. En la música todo eso se reflejaba en una corriente que en Europa llamaron *new wave*. Los padres de una de las variantes más negras de esta nueva música eran, sin duda, Joy Division.

En lo personal me llamaba mucho la atención todo este pesimismo cultural, ayudado sin duda por la visión apocalíptica causada por el armamentismo nuclear, que estaba en su esplendor. No sé en qué medida mis experiencias personales influyeron en este concepto fatalista, pues en 1980, a los dieciocho años, abandoné mi pueblo natal para ir a vivir solo por primera vez a una gran ciudad, Utrecht, donde tenía mi matrícula universitaria. Alquilé una pieza pequeña y oscura en el ático de una casa donde vivía una señora de edad que me vigilaba todo el día, o al menos eso pensaba yo. Eran muchos cambios a la vez, abrumadores para un joven. De todas formas, me sentía atraído por ese ambiente donde los colores preferidos eran el negro y el gris, y la música no era para bailar y amenizar la fiesta sino para retirarse con unos audífonos y dejar penetrar los sonidos de grupos como Joy Division, The Cure, Echo & The Bunnymen, Simple Minds...

Cada movimiento cultural tiene su estética, y por ende un fotógrafo de corte. En el caso del *doom and gloom* de Joy Division y sus correligionarios, este hombre era Anton Corbijn, un joven fotógrafo que había llegado a Inglaterra en 1979 porque era "hinchita" furibundo de Joy Division y quería conocerlos. Se atrevió a decirles que quería tomarles unas fotos, y por arte de magia la colaboración funcionó.

Las fotos de Corbijn eran casi siempre en blanco y negro, aparentemente sin muchas pretensiones, y sobre todo muy naturales, muchas veces en un ambiente en el que se respiraba cierto *spleen*, para decirlo con los poetas del siglo XIX. Más tarde, en las décadas del ochenta y noventa, Corbijn imprimió este mismo estilo a las decenas de videoclips que haría con muchos grupos y artistas, algunos de los cuales entrarían rápidamente en el *mainstream* de la música popular, como U2, Depeche Mode o Simple Minds. En todo caso, Anton Corbijn se ganó un lugar como ícono de la música alternativa.

Creo que las fotos más memorables fueron las que tomó de los cuatro muchachos de Joy Division en su natal Manchester. Había una sintonía casi obvia entre la banda y la imagen oscura



Fotografía: Anton Corbijn

del Manchester de los años setenta, una ciudad industrial en decadencia, fea, con mucho concreto y pocos árboles, cuna de la revolución industrial. No es difícil imaginar que la visión oscura y sombría del grupo tenía relación directa con el hecho de haber crecido y vivido en el ambiente pesado de una ciudad de edificios cuadrados y viejas fábricas abandonadas.

La influencia musical y estética de Joy Division es innegable. Muchos grupos que empezaron a ser exitosos en los ochenta pagan su tributo "espiritual" a Ian Curtis y su banda, entre ellos los que siguen la línea del rock alternativo con sello melancolía, como U2, Siouxsie and the Banshees, Depeche Mode y muchos más. También influyó en bandas que usaban paredes de sonido con mucha electrónica y muchos sintetizadores, como Orchestral Manoeuvres in the Dark (OMD), The Durutti Column y el mismo New Order, que no es otra cosa que los tres sobrevivientes de Joy Division, quienes siguieron tocando, esta vez con mucho éxito comercial.

De los conciertos que Joy Division dio en esos años, sobre todo en Inglaterra y algunos países de Europa, han

sobrevivido muchas grabaciones ilegales (*bootlegs*) que después han sido regrabadas, reeditadas y a veces puestas en el mercado. Hay libros sobre el grupo y biografías de Ian Curtis, y todo eso ha contribuido a mantener vivo su culto. Finalmente, existe una película dirigida por nadie menos que el propio Anton Corbijn en 2007, *Control*, un film sobre la vida de Ian Curtis, sus inicios en la música, el ambiente de Manchester en los años setenta y los últimos días del cantante. Sobra decir que la película es en blanco y negro.

Todos los conciertos de Joy Division, incluida una corta gira por Holanda, Bélgica y Alemania, están disponibles en el sitio web de unos fanáticos que se han puesto en la tarea de rastrear cada uno de los momentos del grupo y de incluir todo tipo de información: la lista de canciones que tocaron, el número de asistentes y las crónicas de las presentaciones que encontraron en la prensa local: [www.joydiv.org/concerts.htm](http://www.joydiv.org/concerts.htm).

El 11 de enero de 1980 hubo una presentación muy especial en Paradiso, en Amsterdam. Paradiso fue por muchos años algo así como el templo del rock alternativo (una iglesia

vieja!), donde todo grupo de alguna importancia en ese medio tenía que tocar. Ese día Joy Division tocó para muy poca gente, pues su nombre todavía era poco conocido. Como dato curioso se cuenta que el telonero no apareció y la banda aceptó tocar dos tandas de canciones, para un total de diecisiete, el doble de lo usual. Las grabaciones de este concierto son las más apetecidas, no solo por su duración sino también por la calidad del sonido, lo que posibilitó sacar un *bootleg* muy bueno.

En enero de 1980 yo estaba en los últimos meses del bachillerato. En agosto de ese año me mudaría a Utrecht, una ciudad a escasos cuarenta kilómetros de Amsterdam, donde fue el histórico concierto. Llegué medio año tarde para ver a mi grupo favorito, y en los años siguientes traté de compensarlo asistiendo a muchos conciertos de los grupos que surgieron después de la ola negra de Joy Division.

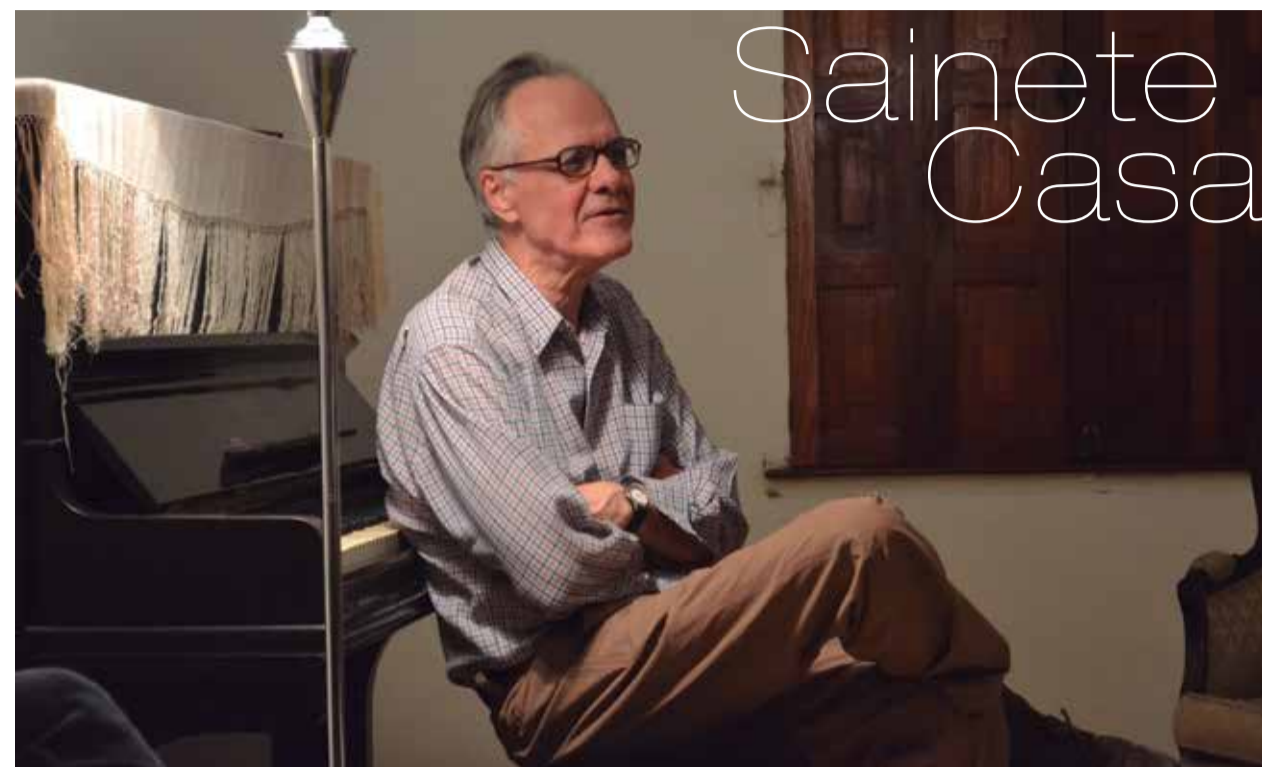
A punto de abrirse camino en el mundo musical, y en vísperas de una gira por Estados Unidos, Ian Curtis decidió quitarse la vida. El mundo se perdió de mucha buena música, pero ganó una leyenda. ☹



Fotografía: Kevin Cummins



*Casablanca la bella* es un embeleco, una historia de albañiles, una casa, una reforma y un libro. Y una de las cantaletas de siempre de Fernando Vallejo. Esta página es una visita a la cueva de El Ogro. Donde no faltan el piano, la zarzuela familiar, la diatriba y la burla.



# Sainete en Casablanca



Las novelas de Fernando Vallejo se han incubado de puertas para adentro. En cada página aparecen las exageraciones en el patio, los dramas en las escaleras, las iluminaciones en los cuartos escondidos, los silencios en la sala intocable del piano y las grescas en la cocina. La casa de la calle Ricaurte, con su ventana de brujas, que ya no existe como no existen las brujas; la casa de la calle Perú y su naranjo y su ventana desde donde orinaban los niños Vallejo a don Luis Trujillo, por liberal, por bulloso y por borracho; la finca Santa Anita, coronando una loma, con su camino de cascajo blanco, sus baldosas rojas y su carbonero; Casaloca, que guarda una historia de pólvora entre su fronda actual, y Casablanca la bella, la última, un embeleco de vecino, un antojo con los muebles viejos recién comprados, el piano como único radio y el penacho de su palmera como insignia en el jardín delantero.

La tarjeta de invitación a Casablanca fue un correo de Gardeazábal que anunciaba una posible comida con Fernando Vallejo precedida de una visita a su casa, recién estrenada en una novela y en la realidad de habitante de Medellín por temporadas. Me preparé comprando mi ejemplar de *Casablanca la bella* como mapa y contraseña para la entrada. Y sí, en la página 68 está la dirección. Las sorpresas aparecieron desde antes que se abriera la reja del garaje. Una voz ceremoniosa e impostada saludaba a los visitantes que habían llegado hacía un minuto. Se mezclaban una jeringonza de latín y rezos criollos, una

extraña zalamería de casa cural acompañada por las risas tímidas de los primeros comensales. Me asomé a la reja y vi a un hombre cubierto por una túnica que bien podía ser un tapete persa raído; su pelo, a medio teñir, parecía haber soltado parte del tinte que coloreaba su manto. El extravagante "sacerdote" ofrecía el anillo en el dedo anular de la mano derecha para el beso ritual: "bienvenidos a este humilde hogar, quieren besar el anillo de su excelencia, bienvenidos hijos, pasen, pasen, *Ite missa est*". Estuve a punto de devolverme con mi par de novelas bajo el brazo, pero ya me llegaba la invitación de su excelencia: "ahhh, sigue hijo, qué bueno que has venido, este siempre será tu camino"; me entregó su mano con los ademanes de un obispo maricón y solo me atreví a un apretón corriente. "No, no, no, debes besar el anillo de Monseñor"; le di el beso más confuso que resignado y terminé el primer acto.

Fernando Vallejo saludaba a sus invitados en la puerta, orgulloso de su casa recién pintada, con las paredes de mierda de vaca y el aire fresco entre los patios, y se reía del pequeño sainete preparado para despertar y burlar a los recién llegados. En la sala, el piano coronado por una estampa barata del Sagrado Corazón hacía de majestad. Nada de tapetes, nada de cuadros con excepción del susodicho entronizado. Mientras nos ofrecían algo de tomar apareció el falso obispo con una carcajada; Carlos Vallejo, ex alcalde de Támesis, nos burlaba sin su túnica rancia mientras sus hermanos celebraban. La familia Vallejo que nos recibió esa noche —Fernando, David Antón, Carlos, Gloria, Aníbal y su esposa—

se sentó a un lado, más cerca del patio, y los visitantes preferimos refugiarnos contra un muro de la sala, frente a los actores de la compañía, planteando de entrada el antagonismo entre espectadores y artistas. Gardeazábal quedó en una silla endeble de anticuario y yo logré mi puesto en un sofá frente a su majestad el piano, un Grotrian-Steinweg de riguroso negro. Jairo Osorio hacía de fotógrafo oficial y las demás invitadas sostenían un respetuoso carrizo. Antes de que el cura impostor nos contara sus hazañas de carretera cada semana, Vallejo, el escritor, bañó la sala con una soda dos litros. Sirvió el vodka para Antón, ofreció vino, cerveza y whisky y mostró sus nulas habilidades como barman. Unos somos diestros para dejar salir poco a poco el gas de una botella y otros pueden interpretar a Chopin.

Cuando ya la extrañeza estaba domesticada y el primer trago permitió una mirada a esa casa "humana, sencilla y alegre", según la quería el personaje de la novela, vino el segundo acto. Gloria se paró decidida mientras soltaba la frase típica de una hermana entusiasta en la "reuniconcita" que comienza: "pongámosle pues música a esto". Creí que iba en busca de una grabadora que hiciera juego con los muebles, pero se acomodó en el banquillo del piano y comenzó su interpretación. No hubo introducción ni programa ni venia previa. A esas alturas los invitados intercambiábamos risas, Gardeazábal ya había descartado la posibilidad de adelantar la charla sobre perros que traía pensada, y entre dientes nos preguntábamos si la familia planeaba abrir un café concierto en Casablanca para librar los gastos de la restauración. Terminó la pieza con un aplauso tímido y la venia respectiva, que la familia Vallejo pidió a gritos. Carlos, presentador de la noche, voz en *off* y voz cantante, explicó la pequeña clave familiar. Gloria estudiaba en el conservatorio desde los cinco años y Fernando era el encargado de recordarle sus deberes de intérprete: "La venia, no se le olvide la venia", era la frase repetida del hermano que se pretendía profesor. "¿A ustedes alguna vez les han mordido la cabeza?", nos preguntó Carlos, y todos negamos con timidez mientras esperábamos algún chiste pornográfico. "Pues Fernando le mordió la cabeza a Gloria cuando se equivocaba. ¡La cabeza! Pobre niña". Vallejo confirmó la vieja tiranía con una sonrisa, y fue posible ver a ese personaje malvado y socarrón que dispara impunemente en sus novelas, y también a

esos "niños cirujanos" que hoy se ríen de sus cuentos viejos y ayer le sacaban las tripas, los muelles y los fuelles a la pianola de *Los días azules* en busca del secreto que le permitía tocar sola.

Carlos gozaba su whisky y Vallejo le daba cuerda como si fuera la pianola de la noche: "contales del viejo que te insultó". Carlos y Gloria viajan todas las semanas a Támesis y han convertido las largas esperas de carretera en un juego teatral. Su carro se detiene en las reparaciones y llegan los calibradores de llantas, los vendedores de obleas, los paleros de invierno y la simple mendiga recién bañada. Gloria hace entonces de monja de civil y Carlos de cura consejero y suspicaz: "sigue trabajando hijo, ánimo en tu labor, y mucho juicio con esos pecadillos solitarios... ¿Has estado frecuentando esos vicios obscenos?", le dice al palero que viene a pedirle una moneda, y entrega bendiciones a diestra y siniestra a quienes buscan un billete de mil entre la fila de carros. "Hasta que un día una señora me oyó el sermón y soltó su insulto: oigan pues a este viejo marica". Gloria guardó el silencio y la impavidez de siempre en la escena mientras el reverendo y copiloto decía: "qué dices hija mía, blasfemas, blasfemas... Hermana, el agua bendita, dónde está el agua bendita...".

Pero no todo puede ser comedia. Antes de la única cantaleta de la noche, contra José Emilio Pacheco y toda esa "pedacería" que ahora llaman poemas, frases esquivas a la rima y la memoria, Vallejo acepta sentarse en el butaco del piano: "una sola condición: sigan hablando, no es un concierto. Y sin aplausos". Es curioso ver al escritor frente al piano, en una posición más solemne que la que impone el teclado del computador, e imaginar en su cabeza ese complejo rodillo que hace mover los dedos, obliga a la memoria, apaga el pensamiento e impone un trance y una repetición. El escritor que maldice y fustiga, el que busca una palabra y duda, es un antónimo del intérprete que parece movido por una compleja evocación. Ahora entiendo por qué Vallejo descansa con el piano. Terminó su joropo venezolano y le pregunté por qué se convirtió en un simple pasatiempo: "por malo, porque yo quería ser un gran compositor y muy rápido supe que eso era imposible". No hay duda de que el teclado del computador puede ser más compasivo que el del piano.

Solo dos escritores se mencionaron en toda la noche, dos muertos de los que Vallejo va anotando en sus libretas y

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografías: Jairo Osorio Gómez

el patio. También Gloria tenía que hacer su pequeña representación. Los Vallejo apenas sonreían, el entremés les parecía de lo más normal. Recibieron las atenciones de su "sirvienta" con total naturalidad, y nosotros igual: ya todos éramos actores de reparto.

Antes de irnos le entregué a Vallejo un regalo que le mandó un amigo: una caja con todos los cocinados de Cannalivio, aceites, ungüentos y linimentos preparados a base de marihuana para aliviar dolores y relajar músculos. "Cómo así, qué es esto. ¿Marihuana? No, no, no, trae me un lapicero yo marco esto, ahora lo empaco pa México y me meten a la cárcel, a una mazmorra... A ver... MA-RI-HUA-NA", y escribió con mayúsculas a lo largo de toda la caja, para que no quedarán dudas. Gloria recibió la caja y con una pequeña mueca me hizo entender que haría de farmacéuta y enfermera.

Para la despedida, luego de una segunda pieza a cargo de Vallejo, esta vez Chopin, subimos al segundo piso de Casablanca la bella. Un balcón amplio mira sobre el bosque que cubre a Casaloca. Carlos se llevó el crédito por haber convertido una pocilga de techos bajos y celdas estrechas donde vivía un cura en la casa fresca que acoge a su hermano en Medellín. Fue Carlos quien lidió con los trabajadores traídos del Suroeste que tuvieron la casa como residencia y trabajo. Vallejo expresó su agradecimiento con un hermano capaz de pasar del dicho al hecho: "yo no quería esta casa al comienzo, era horrible, quedó muy linda, y me dio un libro, eso es lo mejor, por eso la quiero".

Tal vez casa y libro no sean más que un homenaje al padre, algo común en los clanes familiares en los que los hermanos todavía se juntan y se burlan como niños; al padre que murió haciendo de maestro de obra de Casaloca y que "desfalleciente, y ya al final de sus días, a un paso de caer, tapaba, cambiaba, reparaba: cañerías deshechas, fugas de agua, fugas de gas, entablados podridos, sillas quebradas, enchufes electrizados, timbres mudos, puertas vencidas, goteras, cortocircuitos...".

Ya en la calle, Aníbal nos invitó a darle un vistazo a Casaloca. Miramos el bosque oscuro que la esconde, el baño a cielo abierto de los indigentes, según Vallejo en su novela, y preferimos quedarnos con esa visión fantasmagórica. Será en otra ocasión, con nuevo repertorio de piano y teatro. ☺

MUSEO D ANTIOQUIA



**CÍRCULO DEL MUSEO**



**ANDREA**  
YA ES DIÁMETRO

SÚMATE AL CÍRCULO  
PROGRAMA DE MEMBRESÍAS

**ARCO Aporte: 100 mil pesos**  
(50 mil para estudiantes con carné vigente)

**RADIO Aporte: 250 mil pesos**

**DIÁMETRO Aporte: 1 millón de pesos**

**GENTRO Aporte: 5 millones de pesos**

Los miembros recibirán, de acuerdo a su aporte, una carpeta con serigrafías digitales y numeradas de obras de Hugo Zapata, Luis Fernando Peláez, Ana Patricia Palacios y Mauricio Carmona.

Programa de membresías desde marzo 29

Presenta este cupón y recibe un 5% de descuento en nuestras categorías.\*  
\*Promoción válida de marzo 29 a abril 30 de 2014. Las serigrafías se entregarán hasta agotar existencias.: 100 unidades de cada artista.

Encuentra más beneficios en [www.museodeantioquia.co](http://www.museodeantioquia.co)



## El Túnel

Café y Cocina

Lunes - Sábado  
12:00 m. a 10:00 p.m.  
Cra 42 #54-62  
Teléfono: 2396536





Una deliciosa experiencia para el gusto y los sentidos. Comida gourmet, preparada con ingredientes naturales.

+info  
f/Vegardianos

366' 2289

Domicilios  
Nueva Villa de Aburrá  
CII 32B 81-41

# NICOLAZA BALANTA

por J. ARTURO SÁNCHEZ

Ilustración: Mónica Betancourt

De pronto apartó sus caderas calientes, sudorosas, imantadas de libido. Se soltó de mis manos y piernas, que se habían entrelazado como serpientes a su cuerpo, y sentándose bruscamente en el borde de la cama hizo una vehemente exigencia: “¡La próxima vez yo quiero probar eso!... Pues si usted la goza sin despelucarse, yo también puedo... Así me amañe o me raye... Y punto”. Me extrañó su inusual lenguaje. No le dije nada, prendí otro en silencio y lanzándole unas bocanadas la dejé elucubrar mientras negaba con mi cabeza. No era común la ocurrencia en una veterana empleada de las comunidades religiosas, pero pensé que si podía mucho al final ese era su bienparido “santo” asunto. Si por atrevimiento, felicidad, o ganas de qué sé yo... quería seguirme en los fumos, simplemente me daba lo mismo. Lo importante era que la negra disfrutara, entera, total; eso sí, sin perder los estribos, como le sucedía cada vez que probaba sus vinos. Y quizá fue por eso que decidí detenerla mucho tiempo en sus impulsos atravesados.

Le conocía bien sus alborotos. Apenas se tomaba una copa le asaltaba su escondido espíritu de tormenta africana, y era mejor huir. De inmediato su rostro titilaba peligrosamente y sus manos empezaban a agitarse entre mis ropas, mientras recitaba una perorata morbosa que tenía de estribillo un: “¡Lo que sea papá Dijo!”. Y tan desenfrenada reacción se hacía inclusive a las vistas de todo el mundo, en sitios públicos, de manera que nunca faltaba algún fastidioso entrometido gritando con sorna: “¡Pagále pieza!” o “¡soltálo!”. Aquello era el infierno. Me sentía raptado, brutalmente atrapado en una incómoda escena del llamado arte en vivo.

Nos volvimos a ver en diciembre, meses después del solemne ultimatum. Ella era una vendedora itinerante de utensilios y baratijas fabricadas por monjas artesanas, quienes después de recogerla muy niña en un orfanato y hasta su mayoría de edad, le dejaron de herencia dicha labor y unos pesos para que se defendiera como independiente. También heredó buen hueso de doctrinas y creencias fundamentalistas, las mismas que le negaron la posibilidad de utilizar la red, pues odiaba las computadoras, las consideraba cosas de Satanás.

Por eso debía viajar ofreciendo sus mercancías personalmente. Durante semanas se la pasaba llevando vinos, medallitas, estampas y candelabros por los deshabitados conventos de los pueblos, jactándose de ser alojada allí gratuitamente. Aunque no faltaba quien regara la especie de que pagaba su hospedaje a los monjes con el servicio de pajillera, ese trabajito que hicieran en el siglo XVIII las religiosas en España y América, dando consuelo con manibras de masturbación a los soldados heridos en batalla.

¡En fin! Siempre que la negra Nicolaza Balanta retornaba a la ciudad después de una de sus giras, de inmediato pasaba por mi buhardilla en la “calle del burladero”, un palenque de casas de citas con ventas ilegales en el Centro de Medellín. Eso le significaba colgar sus hábitos para un encuentro de alegres



condenados que nunca duraba menos de tres días con sus noches. De manera que la mujer tenía una ardiente rutina: de las pajisas casas de dios en los pueblos a mi cama. Y viceversa.

Nos habíamos conocido muchos años atrás en un mercado de San Alejo, en el Parque Bolívar, cuando con ayuda de los curas de la basílica consiguió allí un toldillo de ventas. Recuerdo que el sol brillaba a medias y al vernos a quemarropa llegó el otro medio brillo. Yo era entonces un joven callejero en apuros que el primer sábado de cada mes, cuando se realizaba esa feria, ejercía de ayudante en el montaje de puestos en el parque.

Luego de muchas idas y venidas en las cuales ‘Sor Nalgas’, como yo le llamaba por sus celestiales caderas, presionó por el derecho a “sentir lo mismo”, a “probar eso”, llegó el día de realizar su capricho. Me susurró que ahora sí, que le preparara un tabaco de esos bien cargado. Le advertí del riesgo que corrían

A eso de las seis de la tarde pasé por su lado y me pidió que le ayudara a guardar los chécheres en un lugar que le habían asignado en la casa cural, supestamente gratis.

Luego de pagar generosamente mi servicio, se inventó un buen cuento sin espabilar: “Acaba de llegar desde Roma

*Después de verlo alucinado, engañosamente feliz y lúcido, ella también quiso sentir lo mismo.*

su cerebro y su corazón acostumbrados a lo sacro; le expliqué que uno ahí, a pesar de las falsas apariencias, podía quedar convertido en un idiota autómatas, cero sesos, con solo piernas y espaldas, oyendo coros no celestiales que gritaban: “¡El otro! ¡Prenda el otro!”, le insistí que emocionarse con “¡eso!” era peor que venderle el alma al diablo, al de los cachos sería mejor decir.

Nicolaza se cruzó de brazos chapoteando en el piso con sus sandalias rojas y amenazó con no desvestirse. No tuve opción. Hacía tres meses que no la veía. Además, empezó a alzar las cejas dejando ver el seductor destello de sus grandes ojos de reina de Saba y agachándose un poco mostró también sus tetas que siempre despedían ese irresistible olor a canela.

Abrió uno de los paquetes reservados para mi consumo esa noche, saqué un cigarrillo, lo froté entre las dos palmas y en dos patadas, una vez aflojada la picadura, lo repleté del polvo. Ella no esperó a que lo alineara con unos golpecitos en el filtro, se abalanzó y me lo quitó de la mano, en medio de esos afanes que puede causar una curiosidad convertida en delirio pasional.

Nos saboreamos el primero y ahí mismo quiso el otro y uno más; casi gastó todos los cigarros en una hora, sin detenerse. Cuando quedaban unos pocos, empezamos por fin a sacarnos la candela. En pleno jaleo, montada ella encima, cabalgando a fondo, extrañamente azul, inusualmente muda y con la mirada perdida, se las arregló para fumarse los últimos ya armados que estaban a mano en la mesita de noche.

Llegado el gran clímax sacudió la cabeza y vomitando sangre, antes de caer desgonzada sobre mí, dijo temblorosa: “¡Lo que sea papá Dijo!”, y murió.

No hay paso del calendario que no evoque ese doloroso cuadro; y sobre todo hoy—día de la Virgen de la Merced que siempre espero se apiade de mí—, once años después del desenlace fatal de aquella guachafita amorosa, y de esa muerte accidental que me trajo a estos muros; acusado del supuesto asesinato doloso de mi amada Nicolaza, un maldito crimen que no cometí. ☹

(Tomado del libro inédito *Relatos oscuros de Barbacoas*. Enero de 2013.)



# SADY GONZÁLEZ

## FOTOGRAFÍAS AÑOS TREINTA



Sin título. Años treinta aproximadamente. Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.

Sady González es conocido como uno de los pioneros de la reportería gráfica en Colombia. Creador, junto con su esposa y compañera de trabajo, Esperanza Uribe, de Foto Sady, la primera empresa independiente de reportería gráfica que existió en el país, donde, además, se formaron otros destacados reporteros gráficos del siglo XX. Sady trabajó con diversos medios de comunicación en los años cuarenta y cincuenta, y a partir de los años sesenta fue el fotógrafo de la Presidencia de la República. El archivo de Sady, organizado por Esperanza Uribe, es uno de los más completos que se conserva sobre la segunda mitad del siglo XX en el país. En él se guardan imágenes de la vida social, política, deportiva y del diario vivir en Bogotá y el país, entre los años treinta y los años setenta. También está allí el más completo reportaje gráfico que hizo Sady: el de los trágicos hechos del 9 de abril de 1949, originados por el asesinato del dirigente popular Jorge Eliécer Gaitán.

Los primeros datos sobre trabajos de Sady se remontan a mediados de la década de los treinta, cuando se desempeñó como fotógrafo cedulador. En 1935 se decretó por ley que la cédula era un documento obligatorio electoral y de identificación personal. A Sady lo contrataron para hacer las fotos de las cédulas en zonas rurales de Boyacá, Antioquia y Cundinamarca.

Quienes lo conocieron en aquel tiempo cuentan que, a pesar del ambiente político que se vivía, caracterizado por pugnas partidistas, Sady entablaba fluida relación con liberales o conservadores, gracias a su personalidad abierta y llana. Visitaba pueblos, haciendas, caseríos y rancherías, y en sus ratos libres, a la manera de los grandes etnógrafos, registraba por igual y sin distinciones aquellos rostros, lugares y momentos que más lo conmovían.

De esta época provienen varios sobres de negativos, sin datos, encontrados recientemente en el archivo de Sady, que comprenden grupos familiares, escolares, retratos, así como vistas panorámicas de poblaciones.

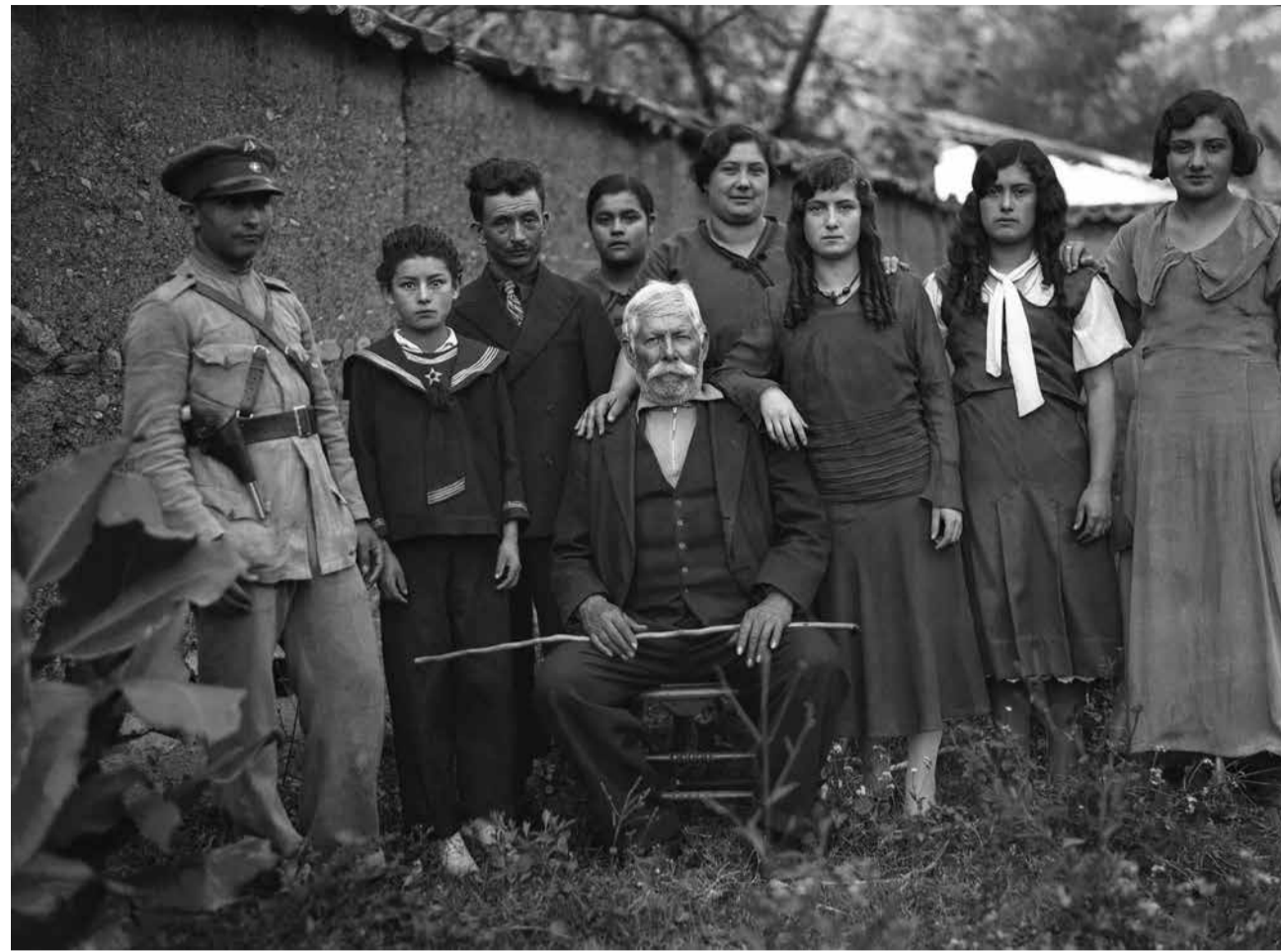
Lo más importante de este hallazgo son sus primeros retratos, algo totalmente desconocido, que muestran ya su sentido estético de la composición, que desarrollaría más tarde en la reportería gráfica. En uno de ellos se aprecia una familia campesina de los años treinta, imagen en la que Sady cubrió—como en otras de estos tiempos— las paredes de adobe con telas, a la usanza de varios fotógrafos latinoamericanos de aquella época. Así mismo hay fotos de una celebración de comunidades negras—al parecer en la Costa Pacífica—, un impactante retrato del patriarca con sus allegados, así como una imagen en la que se ve a un particular grupo de músicos de pueblo.

Rastros del proceso de crecimiento de un artista que dejó en este legado imágenes de un país y de gentes de otros tiempos; los orígenes de lo que hoy somos, y que ya no existe. \*\*\*

Para celebrar el centenario de Sady, la Biblioteca Luis Ángel Arango, del Banco de la República, presenta una exposición retrospectiva, que estará abierta entre abril y agosto del 2014 en la sede de Bogotá, y luego rotará por las sedes del banco de todo el país.

Esta selección de fotografías—inéditas hasta hoy— revela a un fotógrafo obsesionado en montar para su lente complejas puestas en escena. Grupos familiares, maestros y alumnos de escuela rural, domingos de mercado. Retratos que ilustran una época y plasman un incomparable paisaje humano que explica nuestro rico mestizaje.

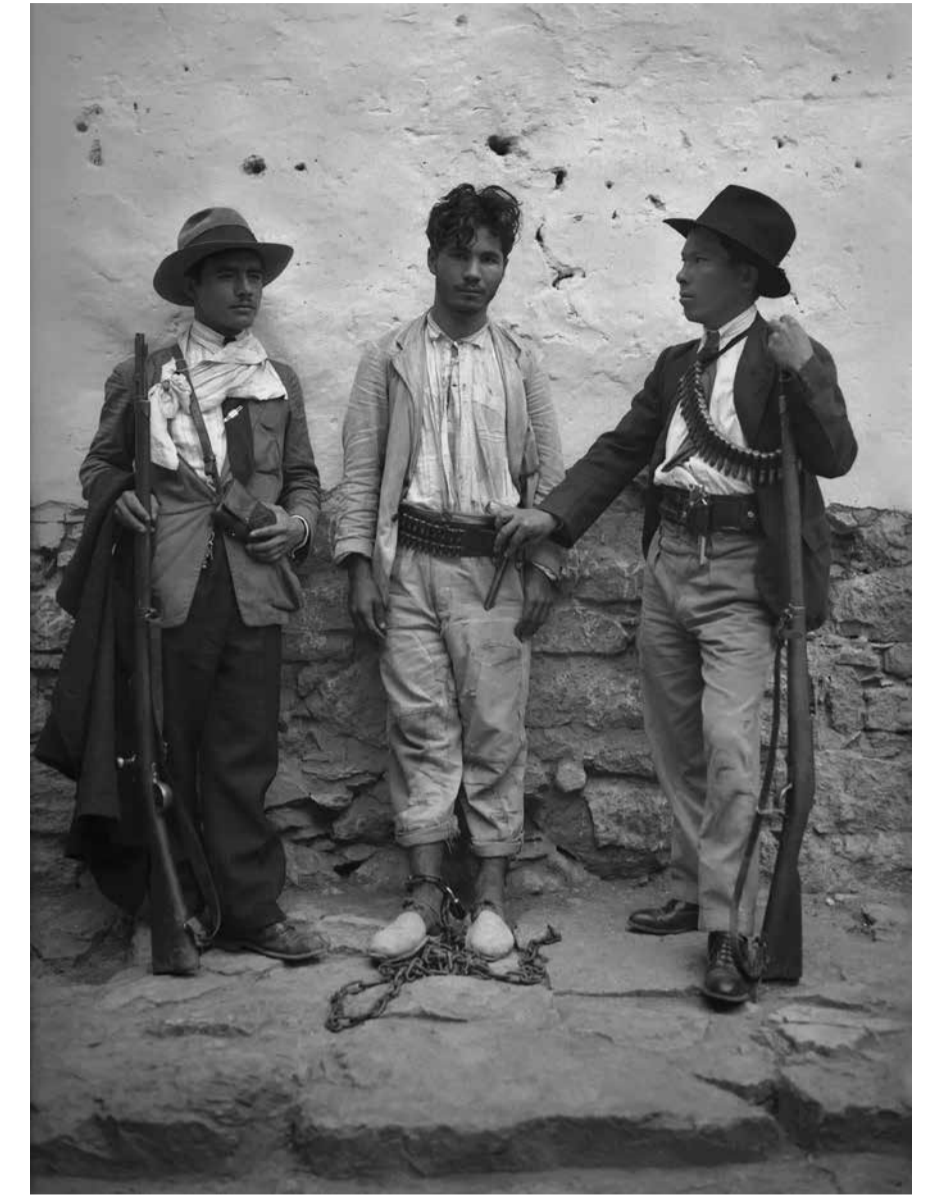
El archivo de Sady pasó de ser un bien particular, cuidado por sus hijos, a convertirse en un legado público, como parte de los fondos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde en poco tiempo podrá ser consultado. ☹



Sin título. Años treinta aproximadamente.  
Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.



Sin título. Años treinta aproximadamente.  
Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.



Sin título. Años treinta aproximadamente.  
Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.



Sin título. Años treinta aproximadamente.  
Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.



Sin título. Años treinta aproximadamente.  
Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.



Sin título. Años treinta aproximadamente.  
Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.



Sin título. Años treinta aproximadamente.  
Archivo fotográfico de Sady González. Biblioteca Luis Ángel Arango.

# La tortilla virada

por SINAR ALVARADO

Fotografías: Gabriel Mata Guzmán



Desde arriba Venezuela sigue siendo la misma, una tierra ancha y noble que descansa sobre un mar de petróleo crudo. Miras desde la ventanilla del avión y parece que es solo eso, obtienes una visión que es otra forma del engaño según el cual este lugar no ha cambiado. Pero basta aterrizar para descubrir que durante quince años el país ha sufrido una metamorfosis que Hugo Chávez decretó temprano: "Venezuela cambió para siempre".

La revolución chavista, que llamó a Cuba "el mar de la felicidad", no ha generado sonrisas con la fraternidad que proponía Bolívar, su santo patrono: "El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible". Hoy el país está dividido en dos mitades irreconciliables. Una de ellas luce satisfecha, contenta con "el proyecto"; pero la otra, cada día más numerosa e inconforme, se queja con razones que son difíciles de refutar. En un país antes conocido por su alegría congénita, el gozo y la satisfacción se han vuelto bienes escasos. Crece el desasosiego y su sarampión se percibe en tantísimos rostros malencarados. La vida diaria, para la mayoría, se ha convertido en una penuria. Y ya rodeado de incertidumbre, cualquier optimismo es insensato.

El aeropuerto de Maiquetía recibe a los viajeros con gigantografías omnipresentes, una costumbre que parece heredada de la antigua propaganda soviética: la cara inflamada del líder y sus consignas oficiales llenan paredes y pantallas en todos los rincones desde que entras al país. Las fachadas de los edificios públicos están tapizadas con su imagen y su verbo. Chávez, elevado a "comandante supremo", ya no está, pero el aparato estatal se esfuerza en contradecir esa realidad.

Los funcionarios de migración reciben a los viajeros en una sala amplia y bien iluminada, pero su operación es torpe y engorrosa: los visitantes pueden tardar una hora o dos antes de que llegue su turno en la ventanilla. Los agentes gruñen y jamás dan la bienvenida al país (en mi último viaje, el burócrata de turno puso aparte el comprobante migratorio de cada periodista que pasó por su puesto. "Órdenes de arriba", alegó). Basta franquear las puertas y salir al área de llegadas internacionales para recibir el bautizo de realidad: decenas de taxistas piratas, maleteros y buscavidas abordan desesperados al turista en busca de dólares (existe un control de cambio desde

2003, y el desfase enorme entre el dólar oficial y el paralelo crea una posibilidad de comercio que da grandes ganancias). En la autopista que lleva a Caracas, construida por la última dictadura en los años cincuenta, se ven los mismos cerros plagados de miseria que motivaron el ascenso del chavismo. Junto a ellos, enormes vallas pregonan los logros de la revolución.

Con mi familia hice la primera migración por tierra: un viaje más o menos rústico, sobre carreteras entonces destapadas, desde el Cesar y cruzando La Guajira rumbo a Maracaibo. Parecía que íbamos solos, pero no. Así como nosotros, millones de colombianos dejaban su país en procura de vidas más amables, y trajinaban esa y otras rutas con el mismo destino. Allí, justo al lado, la "Venezuela Saudita" ofrecía lo necesario y mucho más.

A finales de los setenta encontramos un país lleno de oportunidades. Había pobreza, pero todavía estaba muy lejos de las cifras vergonzosas que se alcanzarían más tarde. No existía la violencia política que sufría Colombia desde hacía treinta años, y la escasa delincuencia ejercía aún métodos más bien *naïf*. La clase media era robusta, y se había formado en universidades gratuitas, subvencionadas con el abundante petróleo que vendía el Estado. En ese país de fábula todo lo bueno parecía posible; se respiraba, lo recordo siempre mi madre, un ambiente de abundan-

cia y bienestar. Los venezolanos estaban acostumbrados al nivel de vida más alto de la región, y se hicieron famosos en Miami por su frecuente latiguillo de cliente sobrado: "Ta barato, dame dos".

Pero el sistema empezó a fallar. Los partidos tradicionales, Acción Democrática y Copei, se anquilosaron en el poder que compartían; buena parte de la población resultó marginada y en los años ochenta se produjeron estallidos sociales que presagiaban un quiebre inminente. La sólida democracia venezolana, llamada "Puntofijismo" (en la quinta Punto Fijo, residencia del presidente Rafael Caldera, se firmó ese pacto de gobernabilidad que duró cuarenta años), entró en crisis y alumbró al chavismo, un nuevo sistema político, una revolución que, prometían, venía decidida a pasar factura.

Hubo una época en que esa tierra era el refugio de los fugitivos: no solo colombianos; también españoles, italianos y portugueses abandonaron Europa durante la posguerra y encontraron cobijo en el país de Bolívar. En ese entonces existía en Venezuela la política de puertas abiertas. Pero hoy, después de quince años de revolución, el país ya no atrae multitudes, más bien las ahuyenta.

Al mismo tiempo, en Colombia, algunas cosas han cambiado. Es cierto que la violencia aún no cesa; es un hecho la escasez de oportunidades, y tampoco se puede negar la desigualdad. Pero en contraste con épocas anteriores, Colombia ya no es solo un país que expulsa; ahora también es un país que recibe a muchos. Y uno de los anzuelos más poderosos es el valor y la estabilidad de su moneda: hace treinta años se compraban diecisiete pesos con un bolívar; hoy se necesitan treinta bolívares para comprar un peso. Esa diferencia detuvo la diáspora de colombianos hacia Venezuela. Ya no es negocio ese rumbo. Por el contrario, desde hace algunos años, miles de venezolanos han emprendido el camino inverso.

Los venezolanos, "balseros del aire", están llegando a Colombia en busca de salarios jugosos. Muchos de ellos, como yo, son hijos de los colombianos que se fueron en décadas pasadas. Pero hay una diferencia evidente: los emigrantes de hoy son gente de clase media, profesionales jóvenes, los más afectados por la gestión chavista (los pobres sobreviven a punta de subsidios, y los ricos son ricos). Es justamente la clase formada y numerosa que el país necesita para seguir creciendo. Son los hombres y mujeres que el Estado entrenó con una enorme inversión y hoy no es capaz de

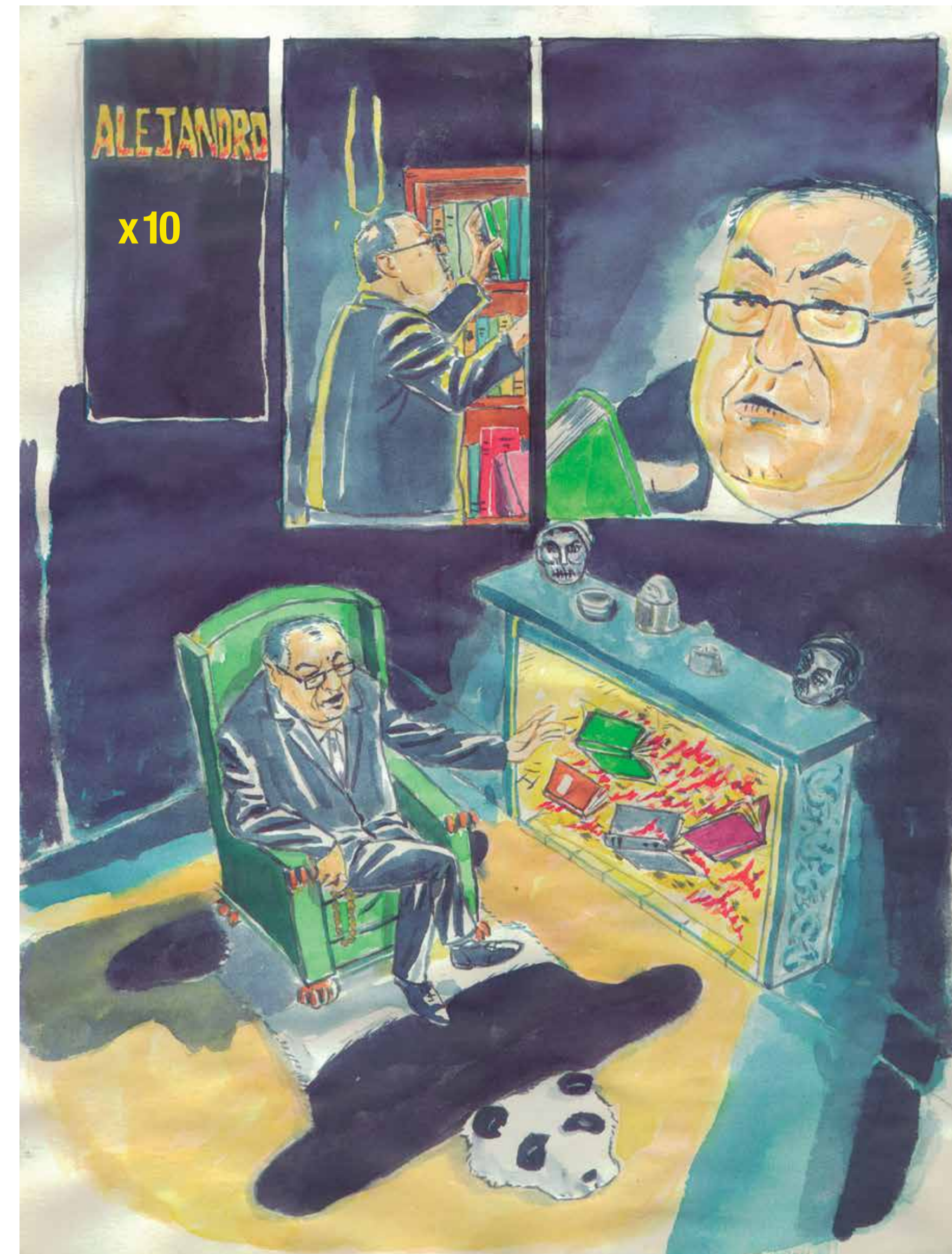
mantener dentro del país. Al menos una vez al mes recibo correos o llamadas de algún venezolano que planea radicarse en Colombia. Llenos de esperanzas, como todo migrante, preguntan: "¿Qué tengo que hacer?".

Pero la moneda es solo un indicador. A ello hay que sumar la violencia que se ha tomado a ese país antes pacífico. Las cifras oficiales, que pocos creen, hablan de 34 asesinatos por cada cien mil habitantes; pero el Observatorio Venezolano de la Violencia dice que llegan a 79 por cada cien mil. Las fuentes independientes al gobierno hablan de veinticinco mil homicidios el año pasado. Esto ha obligado a los ciudadanos a vivir encerrados y temerosos.

Además existe una escasez creciente. El chavismo, que encontró un país monoprodutor, muy dependiente del petróleo, no logró diversificar la economía. Hoy los dólares que recibe la nación provienen en un 96 por ciento de la exportación de crudo. El campo no produce, las industrias se acabaron (muchas de ellas expropiadas y estatizadas), y los venezolanos deben hacer largas filas en distintos abastos y supermercados antes de encontrar algunos productos esenciales como harina, aceite, pollo... La escasez, de nuevo según cifras oficiales, ronda el 30 por ciento.

La salud es otro descalabro. Los grandes hospitales construidos durante el siglo XX están abandonados y desprovistos. El chavismo intentó construir una red paralela de asistencia primaria, pero su idea resultó insuficiente. Además el desempleo aumenta. Y la inflación, una de las más altas del mundo (56,3 por ciento el año pasado), se come los ingresos de todos a un ritmo acelerado. En resumen: el Estado de bienestar ya no existe, y las familias se empobrecen cada día.

En mi última visita pasé varios días en Margarita. El dueño de la posada donde dormimos contó varias historias que hace apenas unos años habrían parecido ficción. Ahora los colombianos de clase media, dijo, viajan a la isla atraídos por un cambio que les favorece. Pasan sus vacaciones en buenos hoteles, comen en los mejores restaurantes y enloquecen comprando mercancías en los centros comerciales. La afección consumista, como en los tiempos del "ta barato", se ha instalado en el lado opuesto de la frontera. Venezuela, a pesar de su inmensa fortuna enterrada en el subsuelo, se ha convertido en la hermana pobre. La historia cambia, los tiempos son otros, es la tortilla virada.



**XXIII FESTIVAL INTERNACIONAL DE TÍTERES LA FANFARRIA**

**MORPHEOS TEATRO de Brasil**  
 "O principio do espanto"  
 Marzo - viernes 28 7pm.  
 sábado 29 5pm.  
 y domingo 30 11:30am.

**BRUNO BRUNELLI** de Italia "Un niño abandonado en la casa del diablo" del 3 al 6 de abril

**TEATRO LIBRE DEL SUR** de Argentina "Locos fireletes" del 22 al 26 de abril

**TÍTERES DEL CINE VAGABUNDO** de Colombia "Disparate de los sueños" 27 de abril

**PRÓXIMAS SEMANA**

**Viernes 7 pm; Sábados 5 pm. y Domingos 11:30 am. DE MARTES A VIERNES PARA CENTROS EDUCATIVOS 10 am. y 3 pm.**

Vive una aventura espacial

# REGRESO A LA LUNA

**NUEVO SHOW DOMO PLANETARIO**

En tres años (1969-1972), seis misiones llegaron a la Luna, 12 astronautas caminaron por ella y transportaron una tonelada de material a la Tierra. ¿Qué trajeron?  
¿Por qué no hemos vuelto en 40 años? ¿Quiénes serán los próximos en visitarla?

Producida por: NSC Creative para Google lunar XPRIZE.

[www.planetariomedellin.org](http://www.planetariomedellin.org)

